

GALERÍA LITERARIA. — MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

---

LAS MARAVILLAS  
DEL  
NUEVO MUNDO

AVENTURAS DE UNA EXPEDICION CIENTIFICA

por el Atlántico, las Pampas Argentinas,  
los Andes, Chile, el Océano Pacifico,  
las Tierras Australes, la Tierra del Fuego, la Patagonia,  
el Paraguay y el Gran Chaco.—Cacerías y pescas  
interesantes, carácter y costumbres  
de los indigenas, etc., etc.

RELATADAS POR  
ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

---

Entregas 41, á 48.

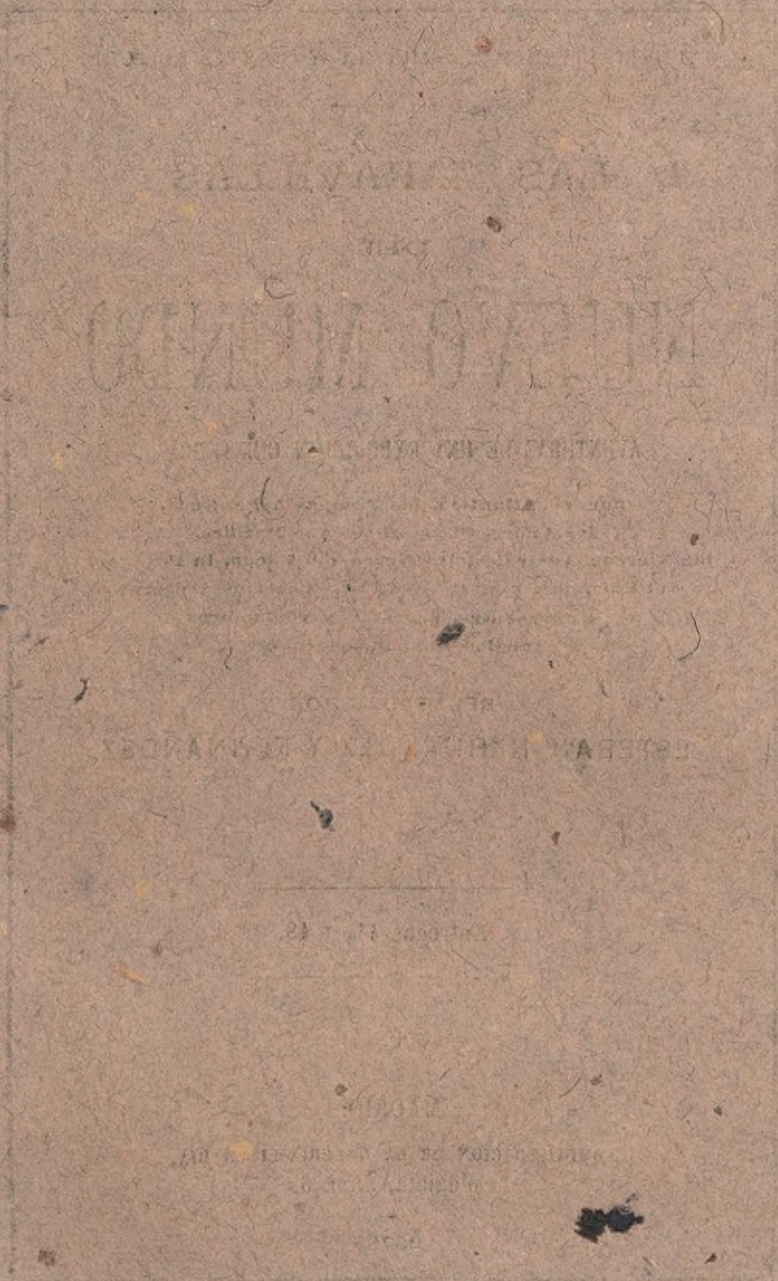
---

MADRID:

ADMINISTRACION DE LA GALERIA LITERARIA,  
Colegiata, núm. 6.

1875.

L47  
4177

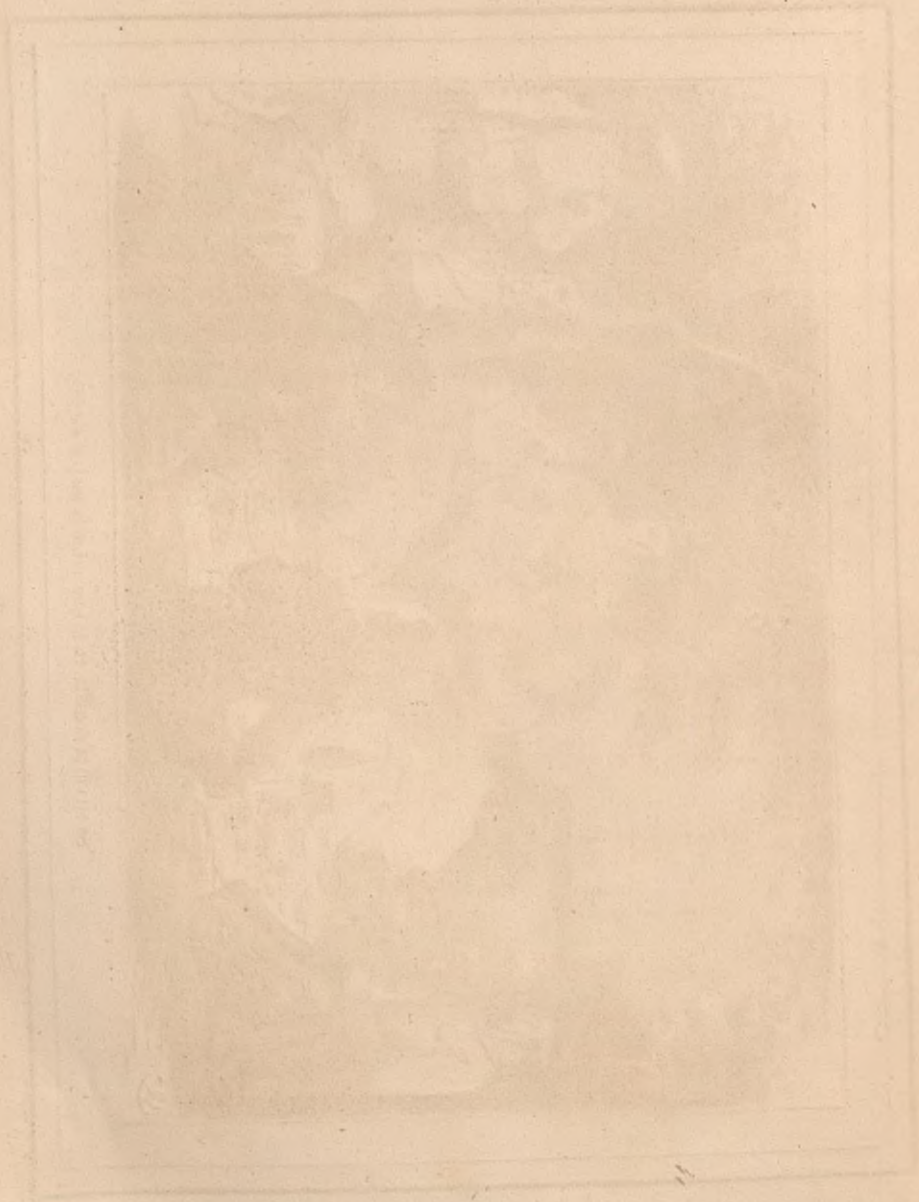


LIBRARY  
UNIVERSITY OF  
MICHIGAN



Se sirvió la comida en la que reinó la mayor alegría.

LIBRARY  
OF THE  
MUSEUM OF  
COMPARATIVE ZOOLOGY  
AT HARVARD UNIVERSITY  
CAMBRIDGE MASS.



por mejor decir, la existencia de varias causas, que son generalmente las siguientes: el desequilibrio de la atmósfera, que dá lugar á los vientos; una excesiva tension eléctrica, que produce los fenómenos ígneos, y la acumulacion de vapores, que dá márgen á los meteoros acuosos. Empezaremos, pues, por el estudio de los vientos.

Aurora hizo un ademan de aprobacion.

—Los vientos,—continuó el jóven sábio,—no son más que movimientos ú oscilaciones de la atmósfera, que trasladan las moléculas de aire en distintas direcciones y que dependen todos de una causa única, de haberse roto el equilibrio, que luego se restablece necesariamente con arreglo á las leyes comunes á todos los fluidos. Un cambio en la temperatura de una columna de aire, la transformacion de los gases atmosféricos en agua, el movimiento de rotacion de la tierra, las mareas, las corrientes, el exceso de electricidad, la accion del sol, los fenómenos volcánicos, y en suma, cuanto causa un vacío, una dilatacion ó una condenacion, y por consiguiente, altera el equilibrio entre diversas partes de la atmósfera, produce necesariamente la traslacion rápida de una masa de aire, ó sea un viento más ó menos fuerte. Este fenómeno atmosférico ha recibido diversas denominaciones particulares, que nacen de su mayor á menor velocidad. Hé aquí las principales: el *céfiro*, que corre próximamente tres metros por segundo; *viento suave*, cinco metros; *viento fuerte*, diez; *tempestad*, diez y ocho, y *huracan*, que tiene la velocidad de treinta y dos metros en adelante. Los vientos se dividen, por su duracion, en constantes y variables, y por su extension, en generales y particulares:

hay en la atmósfera dos movimientos generales y constantes: uno que domina en la zona tórrida y lleva el aire al occidente con respecto á la tierra, en una direccion conforme con el movimiento de los mares, y otro que se percibe en las zonas templadas y conduce al aire frio de los polos hácia el Ecuador.

—Esos son,—dijo el capitan,—los que se llaman *vientos alisios* y *vientos polares*.

—Exactamente,—continuó el doctor;—estos vientos generales, como las grandes corrientes marítimas, guardan una relacion estrecha, que se demuestra de esta manera sencillísima. Los vientos alisios, ó sea el movimiento constante del Este que reina en el Ecuador, nacen de la dilatacion del aire por el calor del sol, que desnive-la las columnas ó capas atmosféricas, las cuales se elevan en el espacio, dirigiéndose á los polos por las regiones superiores de la atmósfera. Hay, por consiguiente, un vacío, que acuden á llenar los aires frios de las regiones polares, formándose por consecuencia, dos corrientes aéreas opuestas, una en la parte inferior y otra en la superior de la atmósfera; pero como la velocidad real que tiene cada molécula por efecto de la rotacion de la tierra es tanto menor cuanto más cerca de los polos se halla, resulta que al avanzar hácia el Ecuador y conservar su velocidad primitiva por cierto espacio de tiempo, el aire circumpolar gira con más lentitud que las correspondientes partes de la tierra, y los cuerpos situados en la superficie de ésta chocan con él en virtud del exceso de su velocidad, experimentando por su reaccion una resistencia opuesta á su movimiento de rotacion. De esta suerte, al observador

le parece que el aire se mueve de Este á Oeste, cuando la verdad es que su dirección es la misma que el movimiento de rotacion del globo.

—Eso mismo, si no estoy equivocada,—dijo Aurora,—sucede con las corrientes marítimas.

—Exactamente; y no debe extrañaros, sabiendo que los movimientos del mar ejercen una gran influencia en los del aire. Los principios constituyentes del aire atmosférico se desarrollan en gran parte en el seno del mar, por cuya razon estas partes deben tener, y tienen en efecto, una velocidad proporcionada á la de las partículas de agua de que emanan. La naturaleza, querida mia, es perfectamente armónica, y los diversos elementos que la componen guardan entre sí una relacion que solo la ciencia puede darnos á conocer.

La jóven hizo un ademán de aprobacion, y el doctor continuó:

—Diversas circunstancias, como las desigualdades de la superficie terrestre, la diferencia de los terrenos y otras, dan lugar en el aire á condensaciones y dilataciones relativas y parciales, y entonces soplan las brisas de mar y tierra y las brisas de montaña: estas alteraciones no son las mismas en estío que en invierno y de dia que de noche, por cuyo motivo hay brisas *matutinas* y *vespertinas*, que en la estacion calurosa nos reaniman con su aliento refrigerante. Por su parte, las cordilleras ejercen tambien una grande influencia en los movimientos de la atmósfera, pues conteniendo los vientos en las regiones inferiores, desvíanlos de su curso directo y les dan á veces los mayor impetuosidad. Esta violencia que reina en-

vientos detenidos por un obstáculo es lo que tan triste celebridad ha dado al cabo de Buena-Esperanza, al de Hornos, al estrecho de Bab-el-Mandeb y á la punta meridional de la tierra de Van-Diemen. Vamos ahora á considerar un viento especial, hijo, no solo del desequilibrio atmosférico, sino tambien como creen algunos sábios de un principio eléctrico.

—¿Y qué viento es ese?—preguntó Aurora.

—El que tan buen susto nos dió anoche: el *huracán*. En el momento en que la chispa eléctrica combina el gas hidrógeno con el oxígeno para producir la lluvia torrencial ó tempestuosa, se forma una combustion cargadísima de hidrógeno y se determina el desprendimiento de la lluvia, quedando así un gran vacío en el que penetra el aire con una rapidez espantosa y algunas veces en las más opuestas direcciones. Los países en que más comunmente reinan los huracanes son las Antillas, el reino de Siam, la China y el océano Índico: los huracanes de Europa no tienen comparacion posible con los de estas comarcas, que generalmente no son otra cosa que terribles remolinos ó *tempestades giratorias*, ocasionadas por el choque de dos ó más vientos contrarios. Como habeis tenido ocasion de ver, en un verdadero huracan no parece sino que todos los elementos se arman contra la naturaleza: crúzanse los rayos, ruge sin interrupcion el trueno, sublévase el mar, cae la lluvia á torrentes, y el viento, con una velocidad que excede á la de una bala de cañon y á la de la pólvora comprimida, lo arrasa todo, bosques, buques, edificios, cual si llevara consigo una maldicion. El huracan empieza de varias maneras: ora se



presenta bajo la forma de una nubecilla negra, que se dilata hasta cubrir todo el horizonte, ora aparece como una nube de color encendido que se muestra súbitamente en el cielo sereno y apacible. Con esto teneis sucintamente explicadas las causas generales de los vientos y las principales circunstancias que modifican sus efectos.

—Muy bien,—dijo Aurora:—pasemos ahora, si queris, á la enumeracion de los vientos locales ó particulares.

—Con mucho gusto,—contestó el doctor, que estaba en sus glorias viendo á la jóven engolfada en el estudio de las ciencias físico-geográficas:—empezaré, pues, mencionando los *monzones*, vientos semestrales que ejercen sus estragos en todo el mar de las Indias hasta las costas meridionales de Asia; los *vientos de lluvia*, que, como indica su nombre, van acompañados de frecuentes chubascos y reinan en las Canarias y el grupo del Cabo-Verde; los *tornados*, ráfagas repentinas que se extienden por el Atlántico; el *simoun*, que sopla impetuosamente en los abrasados arenales de Africa; el *pampero*, que se extiende por la Patagonia y las provincias argentinas, y por último, dos vientos sin denominacion especial, que reinan, el uno en el golfo de Guinea, y el otro en la zona ecuatorial del Pacifico (1). Ya teneis satisfecha vuestra curiosidad en lo que respecta á los vientos.

—Muy bien, mi querido Antonio; veo que el capitán no os ha hecho ninguna objeción, y eso me prueba...

—Estoy esperando,—dijo sonriendo Paco,—cogerle en

(1) Malte-Brun.—*Geografía universal*.

un renuncio para reirme de toda su ciencia; porque estos sábios, en su afan de explicarlo todo...

—Pues me parece,—repuso Aurora,—que vuestras esperanzas no se verán cumplidas, y que, por el contrario, tendreis que convenir en que nuestro digno amigo es, tratándose de cuestiones geográficas, un sábio de primer órden.

—Es mi oficio, querida mia, saber estas cosas y enseñarlas en caso necesario,—contestó el doctor.

—Es verdad; continuad, pues, enseñándonos, y puesto que hemos concluido con los vientos, pasemos á otra cosa.

—A los meteoros acuosos,—dijo el capitán.

—Vaya por los meteoros acuosos,—repuso el sábio.

Y despues de encender un segundo cigarro, dijo:

—Empezaré con un breve estudio del *aire*, que es el elemento más principal de la atmósfera: este fluido, sutil é invisible, ó por mejor decir, trasparente, segun los rígidos newtonianos, está compuesto de *gas oxígeno*, *gas ázoe* y *gas ácido carbónico*. El primero es el único propio para la vida animal; mas si lo hubiera en cantidad demasiado considerable, excitaria nuestros sentidos y consumiría nuestras fuerzas: este gas sirve para la respiración de los animales de sangre roja, los de sangre blanca absorben el ázoe y los vegetales consumen el ácido carbónico. Cuando estos se hallan expuestos á los rayos del sol, derraman en la atmósfera torrentes de oxígeno, y por eso en las campiñas algo pobladas de bosques se respira un aire tan saludable y vivificante, al paso que en las selvas demasiado espesas lo encontramos impuro y noci-

vo. En ninguna parte es el aire más propio para la vida animal que en el mar, pues el continuo movimiento de las aguas mantiene en proporciones convenientes el oxígeno y el ázoe. En su estado puro, el aire es insípido é inodoro, y sólo se hace sensible al tacto cuando el desequilibrio de la atmósfera da lugar á un viento. Es también incoloro, de suerte que el color azul del espacio atmosférico no es más que un efecto de la mayor refrangibilidad de los rayos de luz azul. Por último, es elástico, ó lo que es lo mismo, susceptible de compresion y dilatacion, lo que se ha probado por medio de distintos experimentos físicos. Pasemos ahora al estudio de la evaporacion, sin la cual no podrian existir ni realizarse ninguno de los meteoros acuosos.

—¿Tanta es su importancia?—preguntó la jóven.

—Es precisamente una de las leyes fundamentales del equilibrio universal: por medio de ella, las partículas que se desprenden de los cuerpos terrestres se elevan en el aire en forma de vapores, renovando continuamente los diversos elementos atmosféricos. Hay *evaporacion tranquila*, que se verifica en las regiones frias y templadas y por la cual se elevan en el aire las partes de agua transformadas en fluido elástico, y *evaporacion tumultuosa*, que se verifica en las comarcas intertropicales, en la que los vapores elásticos se desprenden con suma rapidez, arrastrando gran número de moléculas acuosas en su estado natural. Por lo demás, y aparte de estas diferencias, la evaporacion es una regla general á todo el globo. Estudiaremos ahora los fenómenos producidos por la evaporacion que se presentan de dos maneras: ó suspensos en

el aire, como las *nieblas* y las *nubes*, ó descendiendo á la tierra, como el *rocío*, la *lluvia* y la *nieve*.

—Veamos las nieblas,—dijo Aurora.

—Se explican de la misma manera que las *nubes*,—contestó el sábio;—el calor, que rarifica el aire é impulsa á los vapores á desprenderse de la tierra y elevarse; el frio, que condensa los vapores elevados en el aire; un cambio cualquiera en la constitucion de la atmósfera, producen las acumulaciones de vapores visibles que llamamos *nieblas* si se extienden sobre la superficie de la tierra y *nubes* si flotan en el espacio. Las *nieblas* son de dos clases, secas y húmedas: estas cobijan las heladas comarcas del polo, pues la densidad del aire impide á los vapores elevarse en la atmósfera; aquellas proceden de los vapores subterráneos, y segun algunos sábios, están relacionadas con las erupciones volcánicas. En tal caso, al menos, se hallaba la famosa *niebla* que en 1789 envolvió á la Europa en el instante en que conmovia á Islandia el fuego volcánico.

—Pasemos al rocío.

—Es precisamente,—dijo el doctor,—el fenómeno que ha dado márgen á más congeturas: me limitaré, pues, á exponer mi opinion. Yo creo que este meteoro es de doble naturaleza, produciéndose tanto por la transpiracion de las plantas como por la precipitacion de los vapores que se elevan en un dia caloroso á escasa altura. Creo tambien que la influencia de la electricidad en este fenómeno es indudable, pues el rocío aparece con más abundancia despues de un dia en que el aire haya estado muy eléctrico. El rocío es insignificante en las regiones polares, en las co-

marcas estériles y en los mares de las zonas templadas; pero en los climas cálidos es muy abundante y reemplaza de ordinario á la lluvia. Cuando el rocío se hiela apenas cae toma el nombre de *escarcha*, se fija en los árboles y en las yerbas y ofrece el aspecto de una vegetacion cristalina (1).

—Pasemos á la lluvia,—dijo Aurora.

—La lluvia,—continuó el doctor,—cae de las nubes cuando los vapores, por efecto de una variacion de temperatura, se resuelven en agua. En los climas templados las gotas de lluvia solo tienen algunas líneas de diámetro; pero en la zona tórrida alcanzan hasta una pulgada, por cuyo motivo, considerándose accidental la diferencia que se observa entre la lluvia ordinaria y la tempestad, puede atribuirse su origen á una disminucion de electricidad en las nubes. Las comarcas montuosas son favorecidas por las lluvias más frecuentemente que las llanuras, pues las cimas son otras tantas puntas que llaman el fluido eléctrico; en cambio, en las tierras donde no se conoce el trueno, como sucede en toda la costa del Perú, tampoco se conoce la lluvia (2).

—Son en extremo curiosas esas noticias,—exclamó Aurora,—y no sé cómo hay quien diga que son áridas las ciencias naturales.

—Es, amiga mia, porque no comprenden sus bellezas,—repuso el doctor;—pero continuemos nuestra leccion y pasemos á la nieve. Fórmase esta de los vapores acuosos que se congelan en el aire ó en el acto de caer, y sus pri-

(1) Du Fay: *Memoria sobre el rocío.*

(2) Hube: *Sobre la evaporacion.*

meros cristales, formados en la parte superior de la atmósfera, determinan por el peso de su gravedad específica, á medida que descienden, la cristalización de las moléculas acuosas que sin su presencia conservara en disolución el aire circunvecino. Cuando el tiempo está tranquilo y la temperatura es muy fría, resultan los copos en forma de estrellas de seis ródios; pero cuando la atmósfera está agitada y la nieve cae de bastante altura, los cristales chocan, se agrupan y forman copos irregulares. Muchos han considerado el *granizo* como nieve ó lluvia nevosa que ha sufrido varias congelaciones y licuaciones superficiales, pasando por diferentes zonas templadas y glaciales; pero hasta el presente, cuantas hipótesis se han formado sobre este asunto son poco satisfactorias. Lo único que parece es que semeja ciertos fenómenos eléctricos, pues se sabe que la electricidad combina el hidrógeno y oxígeno, arrebatándoles una parte de su calórico, de manera que el granizo sin exceptuar el de la primavera, va acompañado de ciertas señales de electricidad. El tamaño del granizo varía desde el de un guisante hasta el de una avellana: cuando es mayor recibe el nombre de *pedrisco*, y varias veces se han recogido piedras que pesaban media libra. Estas piedras afectan un color blanco enharinado; pero que también se han visto granizos que se distinguían por su diafanidad y transparencia. He aquí los principales hechos que ha determinado la física con respecto á los meteoros acuosos.

—He oido hablar,—dijo entonces Aurora,—de ciertos fenómenos llamados *lluvias de sangre*, *lluvias de fuego*, y otros por el estilo; ¿qué hay de verdad en esto, amigo mio?

— Lo siguiente: las llamadas lluvias de sangre se deben á que algunas veces el agua pluvial arrastra gran cantidad de insectos rojos que flotan en la atmósfera ú hormiguean en la tierra. Las *lluvias de azufre* son efecto de una apariencia desmentida por los hechos. En 1846 llovió en Dinamarca una materia que parecía azufre mineral; pero en 1804 se reprodujo el mismo fenómeno, y los sábios modernos, al examinar la materia llovida, la reconocieron como una sustancia vegetal, aunque durante la lluvia que cayó por la noche la fosforescencia de tal sustancia habia ofrecido un espectáculo aterrador. También ocurre algunas veces que los huracanes arrebatan semillas, trigo y algunas sabandijas, que al caer á considerable distancia amedrentan á los sencillos campesinos. Por último, la lluvia de fuego ha sido explicada por un sábio muy reputado, y no es más que una lluvia sumamente cargada de electricidad, que al chocar con la tierra hace brotar brillantes chispas (1): ¿Era esto lo que queríais saber?

— Sí, querido doctor. Pasemos ahora, si no os molestais, á los meteoros ígneos, que comprenden, si no me engaño, el *relámpago*, el *trueno*, el *rayo* y los *globos de fuego*, ¿no es verdad?

— Así es, querida mia. Empezaré, pues, diciéndoos que la presencia de la electricidad en la atmósfera se atribuye por unos al rozamiento del aire con la tierra, por otros á la vegetacion de las plantas, á la evaporacion y á otras diferentes causas, sin que se haya podido explicar todavía

(1) Bergmann: *Geografía física*.

el hecho de una manera clara é indudable. Acerca del relámpago, ya habeis visto que es una luz deslumbradora que estalla en las nubes, iluminando el espacio con un resplandor fosfórico, blanco en las regiones bajas de la atmósfera y violado en las regiones superiores, donde el aire está más enrarecido. Los relámpagos cuentan á veces muchas millas de longitud, y su paso por el aire se opera en zig-zag, lo que se atribuye á la resistencia que opone el aire comprimido á una gran descarga. Su duracion es tan rápida que no llega á un milésimo de segundo, como lo ha comprobado M. Wehatstone por medio de una rueda que hacia girar, y que, iluminada por la luz del relámpago, aparecia completamente inmóvil, fuese cual fuese la velocidad de su rotacion.

—Perfectamente,—dijo el marino;—pero el trueno, ¿cómo lo explicais?

—El trueno,—contestó el sábio,—es la detonacion violenta que sucede al relámpago en las nubes tempestuosas. El relámpago y la detonacion son simultáneos; pero se nota un intervalo de algunos momentos entre los dos fenómenos, en razon á que el sonido solo recorre 337 metros por segundo, en tanto que la luz no emplea más que un intervalo inapreciable para llegar desde la nube al ojo. El trueno nace de la conmocion que produce en la nube la descarga eléctrica: cerca del sitio en que surge el relámpago, el ruido del trueno es seco y de corta duracion; pero á mayor distancia se oye una série de ruidos que se suceden á manera de tableteo ó redoble prolongado. Hay tambien otras hipótesis para explicar el trueno: unos han considerado el relámpago, no como una chispa



eléctrica, sino como una série de chispas elementales, que produciendo cada una su detonacion, daban origen en, razon á la diversidad de las distancias, á la diferencia de sonidos que se observan en el tableteo del trueno; otros, por su parte, han creído que era hijo de los zig-zags del relámpago, admitiendo que hay un máximun de compresion del aire en cada ángulo saliente, lo que produciria la intensidad desigual del sonido.

El marino hizo con la cabeza una señal de aprobacion, y el doctor continuó:

—El rayo es la chispa producida por el desequilibrio eléctrico de la tierra y la atmósfera. Sabido es que las nubes tempestuosas están cargadas de electricidad positiva, al paso que la tierra lo está de electricidad negativa: mientras ambos cuerpos permanecen equilibrados no se produce fenómeno alguno; pero si por una causa cualquiera el equilibrio se rompe, sale el fluido en forma de *centella* ó *rayo*, que puede ser *descendente*, ó de la nube á la tierra, y *ascendente*, ó de la tierra á la nube. Algunas veces se ven estas dos especies de rayo á un tiempo mismo, como si la tierra y la atmósfera se arrojaran alternativamente el exceso de su electricidad. Unas veces el rayo produce llamas rápidas y voraces, otras se contenta con recorrer y romper cuantos objetos encuentra á su paso; ora quita repentinamente la vida á los animales, ora recorre los vestidos de una persona sin dañarla. Mucho más imponente que todos los fenómenos que acabo de explicar es el espectáculo que ofrecen los globos de fuego ó *meteorolitos*, algunos de los cuales tienen un tamaño sorprendente; su luz es algunas veces rojiza, pero comunmente

de una blancura brillante, y la rapidez de su movimiento llega con frecuencia á seis leguas por segundo. Los hay que se presentan repentinamente, cruzan el horizonte, estallan como un cohete, arrojan torrentes de llama y en el acto de la explosion dejan oír un terrible estampido que conmueve los aires y la tierra. Otros se precipitan como el rayo, aplastan los edificios, estrellan las embarcaciones y matan los animales, ó bien corren á flor de tierra cual un torbellino de fuego, arrasando é incendian- do cuanto hallan á su paso. A veces los acompaña el rayo, y en general parece que la electricidad, el hidrógeno y el gas nitroso intervienen, combinándose, en su forma- cion. Su aparicion es, sin embargo, tan instantánea que no es posible observarlos detenidamente. Ya teneis expli- cados los distintos fenómenos que pueden tener lugar en una tempestad, y por consiguiente, está terminada mi mision. No concluiré, empero, sin hacer una observacion consoladora: no obstante su terrible furia y los estragos que algunas veces causan, las tempestades merecen con- siderarse como uno de los mayores beneficios del Criador, pues merced á ellas la atmósfera se refrigera, las plantas recobran su lozanía, las flores realzan sus lánguidos cál- ces, las mieses y los frutos maduran rápidamente y el hombre adora en silencio al Ser Supremo, que acaba de manifestar la incomparable magnificencia de su obra. He dicho.

—¡Bravo, querido sábio!—exclamó Aurora batiendo las palmas;—eso se llama reunir la ciencia de las edades mo- dernas á la elocuencia de los tiempos antiguos; recibid mi enhorabuena.

El doctor sonrió con dulzura, y despues de beber un gran vaso de agua se sentó en el divan al lado de Aurora.

El capitáncomprendió que se preluđiaba un idilio amoroso, y con un pretexto cualquiera, abandonó la recámara y subió á cubierta.

## CAPÍTULO IX.

### La América del Sur.

El viaje continuó en las mejores condiciones, y el 20 de Setiembre, á las ocho de la mañana, el vigía dió la voz de tierra á la vista.

—¿Por qué parte?—preguntó Paco.

—Por la proa.

El capitan bajó á la recámara, donde se hallaban Aurora y el doctor, y puso en su conocimiento esta noticia.

Acto continuo los dos amantes subieron á la toldilla, y D. Antonio, tomando su antejo, lo asestó en la direccion indicada.

Era, en efecto, la tierra; pero, en razon á la distancia, no era posible apreciar los detalles.

—¿A qué latitud estamos, mi buen Arias?—preguntó la jóven.

—Hasta las doce, que haré la observacion, no puedo decirlo á punto fijo,—contestó el capitan;—pero creo que

debemos estar á los 34°, esto es, cerca del puerto de Maldonado, en las costas del Uruguay. Mañana, pues, anclaremos en Buenos-Aires. Ahora, permitidme que tome algunas precauciones que la proximidad de la costa hacen necesarias.

— Id, amigo mio; id y obrad con toda libertad.

El capitán se dirigió á proa, Aurora bajó á sus habitaciones y el doctor quedó solo en la toldilla, fumando un cigarro y contemplando la costa americana, que se distinguía como una bruma por la parte del Noroeste.

A las doce, Paco Arias tomó el punto y señaló 35°30' de latitud y 49° 51' de longitud al Oeste del meridiano de San Fernando. La fragata modificó algo su rumbo y entró en la ancha desembocadura del río de la Plata.

Al Norte se divisaban con alguna claridad las costas del Uruguay, coronadas de pequeñas eminencias cubiertas de arboledas, y á las tres de la tarde nuestros viajeros, armados de sus anteojos, pudieron contemplar la encantadora capital de la república, Montevideo, acostada en el fondo de un hermoso puerto poblado de una multitud de buques.

A las ocho de la noche, poco despues de ponerse el sol, D. Antonio y Paco Arias jugaban una partida de ajedrez en el saloncito de Aurora, en tanto que la jóven tocaba en el piano una bonita melodía.

Las ventanas estaban abiertas y las frescas y perfumadas brisas de la costa venían á refrescar las frentes de nuestros amigos, abrasadas por los cálidos vientos de los mares intertropicales.

—Mi querido capitán,—dijo de pronto Aurora.

Paco alzó la cabeza.  
—¿Quereis hacer que nos sirvan unos sorbetes?—continuó la jóven.

—Con mucho gusto; precisamente el doctor acaba de ganarme la partida.....

—Llamad, pues, mi buen Paco, y en tanto refrescamos, nuestro sábio amigo nos relatará el pasado y el presente de las tierras que tenemos á la vista.

—Teneis mi ciencia á vuestra disposicion, querida mia,—contestó el doctor.

Paco Arias llamó al camarero y le pidió refrescos.

Poco despues habia sobre el velador una bandeja de plata, conteniendo sorbetes de almendra helados por medio del amoniaco.

La hermosa jóven y sus dos compañeros rodearon el velador, y la primera dijo:

—Esperamos, querido doctor, que nos enseñeis la historia y la geografia de los paises que mañana vamos á pisar.

—Empezaremos, pues, por el principio,—dijo el sábio.

—Limitado el mundo en el estrecho de Gibraltar por el célebre *Non plus ultra* de Hércules, ningun navegante en las edades antiguas ni aun en los primeros tiempos de la Edad media se atrevia á aventurarse en el mar inmenso que se extendia de Norte á Sur por el Occidente de las tierras entonces conocidas. Los viajeros de aquellos tiempos llevaban siempre sus exploraciones hácia el Este, siguiendo las huellas de los antiguos griegos y de los fenicios, y el Atlántico permaneció envuelto en las brumas de lo desconocido hasta que los sucesivos descubri-

mientos de las Canarias, efectuado por los españoles en 1395; y de las Azores, llevado á cabo por los portugueses en 1442, alzaron una punta del misterioso velo que le ocultaba y abrieron un anchísimo campo á las investigaciones de los viajeros. No tardaron algunos navegantes, especialmente los portugueses, en lanzarse por este camino; pero dirigiendo su rumbo al Sur, en vez de encaminarlo al Oeste, sus viajes dieron por resultado el reconocimiento de las costas occidentales de Africa, á lo largo de las cuales buscaban un camino que los condujese al país de las especias, á la India, de que hablaban en sus relaciones el veneciano Marco Polo y Ruy Gonzalez de Clavijo, enviado en embajada al Gran Tamerlan de Persia por el rey de Castilla Enrique el Doliente. En tal estado se hallaban los descubrimientos cuando apareció Colón, el atrevido navegante genovés, que aceptando la doctrina de la redondez de la tierra, propuso buscar ese camino, no dando la vuelta á las costas de Africa, sino aventurándose hácia el Oeste en los mares desconocidos. La proposicion de este hombre famoso se fundaba en hechos muy importantes y en hipótesis muy plausibles. Colón creia que la Groenlandia, cuyo descubrimiento remontan las crónicas al año 982, no era otra cosa que el extremo de un gran continente que debia extenderse hácia el Sur y que no podia ser otro que el imperio del Cathay, de que habla Marco Polo; sabia tambien que dos navegantes normandos, Leif y Biorn, abordaron á principios del siglo XI á una tierra situada al Sur de la Groenlandia, próximamente á los 50° de latitud, y uniendo estos dos hechos á su conviccion de la redondez de la

tierra, sacó en consecuencia que en el extremo Occidente, en la orilla opuesta del Atlántico, debían existir tierras desconocidas, que él creía eran el llamado país de las especias. Ciertas noticias que le proporcionaron algunos habitantes de las Azores y algunas conversaciones que tuvo en Lisboa con varios marinos portugueses dieron mayor fuerza á sus convicciones, y decidido á llevar á cabo su proyecto, dedicóse desde entónces á buscar para él la proteccion de un Estado poderoso. Nadie ignora los infinitos disgustos y sinsabores que Colon sufrió en aquella larga Odisea en busca de un príncipe que comprendiese toda la grandeza de sus proyectos. Génova, Francia y Portugal le rechazaron; España siguió el mismo ejemplo, y ya desesperaba el sábio genovés de poder llevar á efecto su grandioso pensamiento, cuando Isabel la Católica, movida por las súplicas del prior del convento de la Rábida, Fray Juan Perez de Marchena, le llamó, le escuchó, le comprendió, y hallándose las arcas del Estado completamente vacías por consecuencia de las recientes guerras de Granada, la reina vendió sus joyas, y con su producto se armaron tres pequeños buques, tres carabelas, cuyos nombres vivirán eternamente en las páginas de la historia: la *Santa María*, la *Pinta*, y la *Niña*.

—¡Qué gran mujer y qué gran reina fué Doña Isabel la Católica!—exclamó con entusiasmo Aurora.—¡España debe estar orgullosa de haber sido regida por esa gran mujer!

—Y lo está efectivamente,—contestó el doctor,—no hay un español que no pronuncie con amor y respeto el nombre de aquella reina modelo. Pero continuemos nues-



tra narracion. El 3 de Agosto de 1492 salió Colon del puerto de Palos, montando la *Santa Maria*, acompañado de Martin Alonso Pinzon, que mandaba la *Pinta*, y de Vicente Yañez Pinzon, capitan de la *Niña*. Llegaron á las Canarias, donde se detuvo la escuadrilla para reparar algunas averías, y el 6 de Setiembre perdió de vista el archipiélago, aventurándose resueltamente en aquel mar desconocido. Despues de un viaje de setenta dias, durante el cual tuvo el almirante que sufrir no pocas veces las insolencias de sus tripulaciones rebeladas, el 12 de Octubre descubrió una pequeña isla, llamada por los naturales *Guanahani* y á la cual dió el nombre de San Salvador. Reconoció luego las islas de la Concepcion, la Fernandina, la Isabela, el gran banco de Bahama y finalmente á Cuba y la Española, en la cual hizo construir un fuertecillo de madera, que llamó de la Navidad, dejando en él de guarnicion, cuando se dió á la vela para España, un destacamento de 29 hombres mandado por Diego de Arana, Pero Gutierrez y Rodrigo de Escobedo. De vuelta á Europa y recibido con grande agasajo por los reyes, aparejóse una segunda expedicion que salió de Cádiz el 25 de Setiembre de 1493, llegando el 3 de Noviembre á las islas Dominica y Marigalante. En este viaje descubrió y reconoció Colon el archipiélago de los Caribes, Puerto-Rico y la Guadalupe, arribando luego á la Española, donde encontró destruido el fuerte de Navidad y muertos los hombres que le guarnecian. Otros dos viajes hizo el célebre genovés, en los cuales descubrió otras islas y tocó el continente, que tomó, siguiendo su constante idea, por la costa oriental de Asia. Sobre sus huellas se

lanzaron Américo Vespuccio, Pizon, Solis, Cabral y Balboa, algunos de los cuales le habian acompañado en sus viajes. El primero, de quien ha tomado nombre esta tierra privilegiada, visitó el continente en las costas de la Guyana, un año antes de que Colon llegase á él, reconociéndolas escrupulosamente en una segunda expedicion y bajando por las costas del Brasil hasta la bahía de Todos los Santos.

—Una pregunta,—dijo en aquel momento Aurora;—habeis dicho que Vespuccio tocó la tierra firme un año antes que Colon; ¿estais seguro de este hecho?

—Sí, amiga mia.

—En ese caso, no veo gran injusticia en dar su nombre á un continente descubierto por él.

—Reflexionad un poco, querida, y no seais tan ligera en vuestros fallos. Es verdad que Vespuccio fué el primero que vió el continente americano; pero tened en cuenta que si Colon no se hubiese aventurado en el Atlántico y descubierto las Antillas, jamás el navegante florentino hubiese alcanzado la gloria de su descubrimiento. Todo el honor de este grandioso suceso pertenece al protegido de Isabel la Católica, sin que esto menoscabe en nada la gloria que por esto pueda corresponder á Vespuccio.

—Continuad vuestra narracion, amigo mio.

—Despues del navegante florentino,—prosiguió el jóven,—el portugués Cabral, arrojado por una tempestad á las costas del Brasil, donde hoy existe la ciudad de Porto-Seguro, las reconoció en alguna extension, dándolas el nombre de tierra de Santa Cruz. Ya entonces se sabia que el continente descubierto era una tierra completamente

nueva, desechando el feliz error de Colon, que la tomaba por el Cathay; pero la esperanza de llegar al país de las especias inclinó á los españoles á buscar por el Sur de América un camino que condujese á las Indias, y lanzándose á esta empresa el desdichado Solís, bajó por las costas del Brasil y descubrió el río de la Plata, donde fué devorado por los indígenas, en tanto que Vicente Pinzon comprobaba y rectificaba los descubrimientos hechos anteriormente. Más afortunado Magallanes, reconoció las costas de Patagonia, llegó á un estrecho que llamó de las Once mil Vírgenes y que hoy lleva su nombre, se aventuró en él y encontró un mar desconocido, al que dió impropiamente el nombre de mar Pacifico. Magallanes murió durante el viaje: casi todas sus naves perecieron, y solo una, mandada por el vizeaino Sebastian Elcano, pudo volver á Europa doblando el cabo de Buena-Esperanza, despues de haber dado la vuelta al mundo.

—De modo, —dijo Aurora, —que la gloria de los dos hechos más célebres en la historia de los descubrimientos geográficos pertenece indudablemente á España.

—Así es, amiga mia. Volviendo á nuestra narración, debo mencionar á Ojeda y los Bastidas, y sobre todo á Vasco Nuñez de Balboa, que atravesó el istmo de Darien y descubrió el grande Océano, tomando posesion de él en nombre del rey de España y bautizándole con el nombre de mar del Sur. Poco despues, Pizarro y Almagro reconocieron la cordillera de los Andes, llegaron al Perú y lo conquistaron, en tanto que el temerario Orellana, embarcado con algunos compañeros en una nave hecha con

troncos de árboles, bajaba desde el nacimiento del Marañón y atravesaba, arrastrado por la corriente de este río, al que llamó de las Amazonas, todo el continente americano. Otro de los tenientes de Pizarro, el bravo Valdivia, reconocía al mismo tiempo el territorio de Chile y la Araucanía, realizando aquella magnífica epopeya cuyas jornadas relata uno de sus soldados, el poeta D. Alfonso Ercilla, en el poema que le ha dado celebridad.

—Y que tengo aquí,—añadió Aurora, señalando un libro ricamente encuadernado.

—En 1578 el inglés Francisco Drake descubrió la tierra de Fuego, llegando á la extremidad meridional de América: este viaje desvaneció el error, acogido por algunos, de que América se unía á un gran continente que se prolongaba hasta el polo austral. En 1581 el español Sarmiento se estableció con cuatrocientos compañeros en un punto del estrecho de Magallanes, donde fundó la ciudad de San Felipe. Las enfermedades y los rigurosos frios del invierno diezmaron la colonia; el hambre acabó con los que quedaban, y en 1587 el capitán Cavendish encontró al último de aquellos infelices, que perecía estenuado entre las ruinas de una ciudad que había envejecido siglos en solo seis años de existencia. Para concluir, Lemaire y Shouten, atrevidos navegantes holandeses, descubrieron la Tierra de los Estados y un estrecho que llamaron de Lemaire, y el 12 de Febrero de 1616 dieron el nombre de Cabo de Hornos á la extremidad meridional de América. Con esto he satisfecho vuestra curiosidad, haciendo á grandes rasgos la historia del descubrimiento de las tierras que vamos á visitar.

—Veo que teneis una memoria felicísima y que no miente la fama que os hace pasar por uno de los geógrafos más distinguidos de Europa,—dijo Aurora.

—No he hecho,—contestó el doctor,—otra cosa que relatar como un loro algo de lo que he leído, y esto tiene bien poco mérito.

—De todos modos, la lección ha sido un poco larga y debeis estar cansado: tomad otro sorbete, fumad un cigarro y luego continuaremos nuestra conferencia. Nuestro bravo capitán os ha escuchado, según creo, con tanto placer como yo.

—Con más, señora,—contestó Paco;—como marino, tengo verdadero amor á los descubrimientos y me estaba muriendo de envidia al comprender la gloria de Colon, de Magallanes, de Drake y de tantos otros como ha nombrado, que han arrancado estas costas de las tinieblas de lo desconocido. Yo, lo digo con franqueza, daría diez años de mi vida por dejar mi nombre unido al descubrimiento de una isla, de un estrecho, de cualquier cosa; pero esa mina está ya agotada, y los pobres marinos de la segunda mitad del siglo XIX nada tenemos ya que hacer.

—Sin embargo,—dijo el doctor,—aun queda algo que descubrir: por de pronto, nadie ha llegado á los polos, y el que alcance cualquiera de ellos, habrá conseguido una gloria inmarcesible. Si teneis ese amor á los descubrimientos, ¿por qué no intentais el viaje?

—¿Me acompañaríais vos, si tratase de llegar al polo austral?—preguntó Paco.

—Sí por cierto: conozco las tentativas hechas por Dumont de Urbille y el capitán Ross, y no me disgustaría

comprobar y completar los descubrimientos de estos célebres marinos.

—Cuento entonces con vuestra ciencia y vuestros consejos.

—Y si os parece á propósito para esa expedición, contad tambien con mi buque,—dijo Aurora:—creo que no puedo asociarme de otra manera á vuestro proyecto.

—Acepto tambien vuestra oferta: con ningun buque mejor que con la *Aurora* se puede hacer un viaje de esa especie.

En aquel momento el piloto apareció en la puerta y dijo:

—Capitan, se divisan los faros del puerto, ¿qué órdenes dais?

Paco Arias miró á Aurora y preguntó:

—¿Quereis entrar esta noche en Buenos-Aires ó preferís hacerlo mañana?

—Mañana, mañana con la luz del dia,—contestó la jóven.

El capitan se volvió á su segundo, y dijo:

—Permanecer bordeando durante la noche y embocar el puerto al salir el sol.

El piloto volvió á cubierta y los tres jóvenes reanudaron su interrumpida conversacion.

—Contrayéndonos ahora,—dijo la viajera,—al país que primeramente vamos á visitar, ¿quereis decirnos algo sobre su historia y su estado actual? Aunque soy argentina, sali tan jóven de mi patria que puede decirse que apenas la conozco.

—No tengo inconveniente; todo al contrario,—contestó el doctor.

—Esperamos, pues, vuestras palabras.

—El territorio del río de la Plata,—dijo D. Antonio,—descubierto por el infortunado Juan Díaz de Solís, fué una de las posesiones más ricas de los españoles en América: dependió primeramente del Perú; pero en 1778 fué erigido en vireinato por España, y tomó el nombre de vireinato de Buenos-Aires. Además del territorio que actualmente abraza, este vireinato comprendía también los países que hoy forman las repúblicas independientes de Chile, Bolivia, el Paraguay y el Uruguay. A principios del siglo fué sitiado por los ingleses, que fueron rechazados de sus muros por la población y un corto número de soldados mandados por el bravo marino Liniers; y cuando las colonias sacudieron el yugo de España, Buenos-Aires fué una de las primeras que se proclamaron independientes. Cincuenta y ocho años han trascurrido desde aquella fecha, y todavía el gobierno de este país, siempre dividido por luchas intestinas, no ha podido adquirir la fijeza y estabilidad necesarias para la prosperidad de los Estados. En 1815, sin embargo, se constituyó definitivamente bajo el título de *Provincias unidas del río de la Plata*, que cambió más tarde por el de *República ó Confederación Argentina*. En 1829 firmó varios tratados con otras provincias, que por ellos entraron en la confederación, y en el día se compone de catorce Estados que abrazan una superficie de 118. 600 leguas cuadradas, aunque solo cuentan con una población de 2.000.000 de habitantes. Estos Estados ó provincias son: Buenos-Aires, Córdoba, Mendoza, San Luis, San Juan, Rioja, Catamarca, Jujuí, Salta, Tucuman, Santiago del Estero, Bajada, Corrientes y San-

ta Fé. Hay tambien otro territorio llamado Gran Chaco, que es simplemente una llanura impregnada de sal y nitrógeno ó infectada por pantanos en donde desaguan los rios por falta de un declive que les permita llegar al mar. Este país se halla ocupado casi enteramente por tribus indígenas, más ó menos salvajes, entre las cuales las hay que se extinguen ó cambian de nombre, de modo que no es posible encontrarlas con certeza.

—¡Ah!—exclamó Aurora,—¡tribus indígenas! Seguid, seguid, querido Antonio; me interesa mucho vuestra narracion.

—Entre esos indígenas,—continuó el doctor,—se distinguen los *lenguas*, que se atraviesan las orejas con un grueso pedazo de madera y que deben su nombre á un palito con que se alargan desmesuradamente los labios (1). No son menos dignos de atencion los *guaycuros*, los más feroces indudablemente entre todos los indios y los verdaderos dueños de aquellos desiertos, por donde andan en partidas errantes, siempre hostiles al viajero, viviendo de la caza y de la pesca. La tribu guerrera de los *avipones* habitaba antiguamente la margen del rio Paraná y contaba 6.000 individuos; pero ha disminuido de tal modo por la costumbre que sus mujeres tenían de abortar que en el dia apenas se encuentra uno solo: tenían una fisonomía bastante hermosa, y sus mujeres eran generalmente las más aceptables entre todas las indias.

(1) Al ver un adorno tan singular fué cuando los españoles les dieron el nombre de *lenguas*, porque dicen que este palito se parece bastante á una lengua.—M. Alcides de Orbigny, *Viaje á la América meridional*.



Orbigny da á conocer tambien otro pueblo llamado los *tobas*, dividido en varias tribus, que Azara designa equivocadamente como otras tantas naciones. Estos indigenas poseen muchos caballos y son muy buenos ginetes; sus armas consisten en el arco, las flechas y la maza, y sus principales ocupaciones son la caza y la pesca, si bien hace algun tiempo que se dedican algo á cultivar el terreno que rodea sus cabañas. Al Sur del Gran Chaco están las provincias de Corrientes y Santa Fé...

—Que comprenden, si no estoy engañada,—dijo la joven,—una gran parte del territorio ocupado por las célebres misiones de los jesuitas: ¿no es cierto?

—Ciertísimo.

—¿Y podeis decirnos algo acerca de esos famosos establecimientos?—preguntó el capitán.

—No mucho; pero creo que será lo bastante para dejar satisfecha vuestra curiosidad.

—Veo, amigo, que sois un pozo de ciencia: con vos no hay más que echar el caldero para sacarle siempre lleno.

—¡Oh! me agotaré antes de lo que pensais. Pero volvamos á nuestra conversacion, y os diré que, si bien la envidia y el fanatismo han andado siempre muy exajerados en los elogios y en los vituperios hácia estos establecimientos, lo cierto es que la religion, la historia y la geografia echarán siempre de menos el cuadro que antes ofrecian. Los jesuitas, tan hábiles como instruidos, no se limitaban á la predicacion apostólica para reducir á los indios, sino que empleaban tambien los medios temporales, aunque con mucha moderacion. El sistema de gobierno por que se regian las misiones era una especie de

socialismo, del cual voy á daros una ligera idea. Cada tribu estaba regida por dos religiosos, encargado el uno de la administracion temporal y el otro de los asuntos espirituales: el primero se llamaba *cura* y el segundo *vicario*. Las únicas leyes eran el Evangelio y la voluntad de los jesuitas; y si bien se elegian algunos magistrados entre los indios, estos no eran más que un instrumento del cura, aun en los asuntos criminales; de suerte que jamás fué citado un reo ante los tribunales del rey. Todos los indios, sin excepcion alguna, estaban obligados á trabajar para la comunidad de la tribu, sin que ninguno pudiera hacerlo por su cuenta; el cura hacia almacenar los productos y se encargaba de alimentar y vestir á todos: los indios eran perfectamente iguales y no podian poseer ninguna propiedad particular. Habia un administrador general de las misiones, que era el encargado de vender todos los productos, y una vez descontados el diezmo y primicias y el tributo que se pagaba al Estado, el resto era invertido en el sostenimiento de los convertidos y en la compra de instrumentos para la agricultura y la fabricacion. Estas misiones eran establecimientos libres colocados bajo la proteccion del rey de España, y que pagaban anualmente como tributo un peso fuerte por habitante. Decretada en 1767 la expulsion de los jesuitas, el gobierno de aquellas tribus fué encomendado á otros religiosos, que sin atender á sus necesidades les obligaron á trabajar doble, y desde entonces los establecimientos fueron decayendo en importancia y en riqueza, hasta que la revolucion é independenciam de las colonias cambió por completo sus destinos.

—Muy bien; decidnos ahora: ¿son muy fértiles los terrenos de la República argentina? —preguntó Aurora.

—Hay de todo: las provincias del Norte, calentadas por un sol casi tropical y regadas por multitud de ríos, afluentes del Salado y del Paraná, son fertilísimas, y producirían mucho más si la agricultura fuera más atendida. Los alrededores de Buenos-Aires son también muy fértiles; pero en cambio, el territorio que se extiende al Sur de esta provincia, entre el Atlántico y los Andes, solo produce plantas salinas, muy buenas, sin embargo, para la alimentación de los ganados.

—Decís que la agricultura está bastante atrasada...

—Sí por cierto; no obstante, de algunos años á esta parte adquiere algún incremento, gracias á la emigración de labradores europeos, que vienen aquí á buscar fortuna. El *durazno*, que es una variedad trasplantada de Europa, da muy buenas cosechas, y también rinde gran producto el trigo de España. El maíz, producto indígena, y otros cereales que se cogen en abundancia, así como las legumbres y hortalizas, dan al agricultor inteligente y activo, una ganancia muy buena, y así es que si no con tanta rapidez como debería, cada día aumentan las plantaciones y crece la riqueza agrícola, especialmente en las provincias de Santa Fé, Bajada y Corrientes.

—Tengo entendido que la mayor parte de los agricultores son españoles.

—Muchos hay, en efecto; pero también los hay italianos, franceses y escoceses. Las habitaciones de los colonos españoles, situadas en medio de las tierras en explota-

cion y bastantes distantes entre sí, no suelen ser otra cosa que cabañas ó chozas pequeñas y bajas, cubiertas de paja y construidas con estacas y barro. Por el contrario, las habitaciones de los colonos franceses y escoceses son de ladrillo, con bellos jardincitos llenos de flores, revelando la inteligencia y la actividad de sus dueños. Bien es verdad que, entre los colonos extranjeros que explotan las comarcas argentinas, los agricultores españoles se distinguen por su incuria y su decidida aversión á toda clase de reformas. Sin embargo, es de esperar que, en un término más ó menos breve, la agricultura estará á la altura que merece y en tan brillante estado como la riqueza pecuaria.

—Segun eso, la ganaderia...

—Bajo ese punto de vista, las comarcas argentinas sobrepujan á todos los paises conocidos.

—¿Sabeis á qué cifra se eleva actualmente?—preguntó el capitan.

—Puedo, al menos, deciros el número de cabezas de ganado que habia en 1863.

—¿Y cuántas eran?

—Eran 22.060,000, que se distribuian de la manera siguiente: 12.000.000 de bueyes y vacas; 6.100.000 ovejas y carneros; 3.000.000 de caballos; 600.000 cabras; 100.000 mulas; 110.000 asnos, y 150.000 cerdos.

—De modo que el pastoreo será una profesion muy atendida.

—Deberia serlo; pero generalmente solo la desempeñan los *gauchos* y algunos indios medio civilizados, que no quieren dedicarse á la agricultura porque es un trabajo demasiado penoso.

—Habeis hablado de los gauchos,—dijo Paco;—¿podeis darme algunas noticias acerca de ese tipo, esencialmente argentino?

—Sí por cierto: los gauchos son pastores que guardan toda clase de ganados, y cuyas costumbres son agrestes y duras. Habitados á degollar sus animales, derraman la sangre de sus semejantes con la mayor indiferencia; pero, en cambio, tienen una virtud comun á todos los salvajes, la hospitalidad, que ejercen con una generosidad superior á la exajeracion. Su distraccion favorita son los naipes, á los cuales no juegan nunca sin tener el cuchillo clavado á su lado en la tierra, dispuestos á hundirlo en el corazon del que se atreva á hacer trampas. Roban caballos y otros animales, pero jamás dinero; muestran una repugnancia invencible por todas las ocupaciones que no puedan desempeñar á caballo y suelen morir á una edad muy avanzada. Además de los gauchos, viven en las llanuras otros hombres que no quieren trabajar ni servir á nadie, bajo ningun título y á ningun precio. Estos bagabundos, llamados *rastreadores*, roban cuanto pueden, hasta las mujeres de Buenos-Aires, soliendo vivir con ellas tiernamente unidos. Cuando la pareja tiene alguna necesidad de dinero, el hombre roba algunos caballos, los vende en cualquier parte y trae á su casa lo que hace falta.

—¿Abundan mucho en estas comarcas los animales salvajes?—preguntó Aurora.

—Abundan los jaguares, y algunos adquieren un desarrollo maravilloso; hay tambien pumas y gatigres, pero los monos y los caimanes son muy raros desde los 33° de latitud. El gato de las Pampas, el *aguara* ó lobo rojo,

y el ñandú ó avestruz magallánico son los principales animales de esta region. Encuéntnanse tambien algunas bandadas de perros de Europa que se han vuelto salvajes y que son el terror de los habitantes de los campos.

—¿Y no hay esos gigantescos reptiles?...

—No; esos animales, como otros muchos de que hablan los viajeros, solo viven en la zona tórrida, en las intrincadas selvas del Brasil. Si algun dia hacemos un viaje por el Amazonas, entonces tendreis ocasion de verlos y hasta de temerlos.

Aquí concluyó la conversacion: el camarero anunció en aquel instante que estaba servida la cena, y Aurora y sus dos compañeros pasaron el comedor.

alzada a la categoría de capital del territorio de la Plata en 1778. Esta edificada en medio de una llanura, sobre la orilla del río de la Plata, y es residencia del Gobierno de la República, de un obispo, de la Academia Literaria y de los consules extranjeros. Tiene edificios notables en especial el Ayuntamiento, la catedral, la escuela de Gramática de los diputados, la iglesia de la Merced, del Observatorio y otros. Como memoria de campañas militares y fortificaciones que se ven desde el exterior dan a la población un aspecto muy pintoresco. Su puerto es seguro y abastecido, y está gobernado por un gobernador español.

## CAPÍTULO X.

### En Buenos-Aires.

La población llegó a 200.000 habitantes, entre los que

A la mañana siguiente, cuando el doctor subió a cubierta, la fragata, impulsada por su hélice, entraba en el puerto de Buenos-Aires.

El día estaba hermoso; el sol se elevaba centelleando en un cielo azul, puro y despejado como la frente de una virgen; las olas se agitaban blandamente, imprimiendo al buque un leve balanceo, y las brisas matutinas, embalsamadas con los perfumes de la tierra, venían á refrescar las abrasadas frentes de los viajeros.

A la distancia de una milla se veía la ciudad, que elevaba al cielo las cien agujas de sus torres, extendiéndose en torno de ella un paisaje encantador, animado por cien blancas casas de campo y cuajado de verdes arboledas.

La ciudad de Buenos-Aires fué fundada el año 1535 por D. Pedro de Mendoza, erigida en obispado en 1620 y

elevada á la categoría de capital del vireinato de la Plata en 1778. Está edificada en medio de una llanura, sobre la orilla del rio de la Plata, y es residencia del Gobierno de la República, de un obispo, de la Asamblea federal y de los cónsules extranjeros. Tiene edificios notables, en especial el Ayuntamiento, la catedral, la *recoba*, la Cámara de los diputados, la iglesia de la Merced, el Observatorio y otros que no mencionamos. La multitud de campanarios, agujas y torrecillas que se ven desde el exterior dan á la poblacion un aspecto muy pintoresco. Su puerto es seguro y abrigado, y está generalmente poblado de buques de todas naciones, especialmente españoles é ingleses.

La poblacion llega á 200.000 habitantes, entre los que hay un gran número de emigrados españoles y tambien franceses, italianos y escoceses. El clima es saludable y templado, aunque algo húmedo, viéndose á menudo envuelta la ciudad por las desagradables nieblas del rio.

En las cercanías escasea la madera; pero en cambio el terreno es muy propio para la agricultura. El viento más perjudicial es el del Norte, que excita el sistema nervioso, echa á perder las viandas, cuaja la leche y da mal gusto al pan. El *pampero*, viento del Oeste que llega de los Andes recorriendo las Pampas, termina bruscamente los efectos de esta maléfica influencia, arrastrando en sus alas todos los miasmas; pero á menudo se presenta con una violencia terrible.

La industria de la ciudad es poco considerable, pues se reduce á la elaboracion del tabaco, del jabon y de los



cueros; pero tiene una gran importancia como plaza mercantil, pues es el depósito general de los productos de todas las provincias argentinas y el centro de un comercio muy activo con Chile, Bolivia y el Perú. Exporta granos, harina, tasajo, sebo, salazones, zinc, lana, plumas de avestruz, pieles y cueros de varias clases y una gran cantidad de numerario. La importacion consiste en algunos artículos de Europa, como vinos, aceite, aguardiente, quincalla y loza, y productos de los Estados- Unidos, esto es, tabaco en rama, hierro, algodón y cristal. Su comercio es muy activo con España, Inglaterra y la isla de Cuba, entrando anualmente en su puerto más de mil buques.

Buenos-Aires tuvo y conserva un rango muy distinguido por sus establecimientos literarios. Además de la universidad, una de las mejores de América, que posee una biblioteca con 30.000 volúmenes, hay varias academias, ateneos, escuelas y museos de ciencias físicas y naturales, todo muy bien organizado. Sin embargo, la educacion que en esta capital recibe el sexo masculino deja algo que desear.

El aspecto físico de los hombres es muy agradable, pero revela su carácter indolente; en cambio, se hacen grandes y merecidos elogios de la belleza, la gracia, la amabilidad y la esmerada educacion de las mujeres. Las damas de Buenos-Aires usan para ciertos actos, como visitas y reuniones, trajes á la moda de Paris; pero en la calle llevan siempre la mantilla de blondas y el chal caido sobre los hombros, con una negligencia, una gracia y una distincion que revelan su origen español.

Hay, sin embargo, dos puntos respecto á los cuales las mujeres de Buenos-Aires, las *porteñas*, que así se las llama, son superiores en mucho á las europeas y aun á las americanas del Perú y New-York: estos dos puntos son la brillantez de las ideas y la nobleza de los sentimientos. Así, pues, los caracteres distintivos de las *porteñas* son una imaginacion de fuego y un corazón de oro.

Aurora estaba en la toldilla, apoyada en el filarete, fijando en la ciudad una mirada intensa.

El doctor la miró un momento y creyó ver en su rostro una nube de tristeza.

Se aproximó, y el ruido de sus pasos hizo volver á la jóven la cabeza.

D. Antonio no se habia engañado: el hermoso rostro de Aurora, tan risueño y animado generalmente, aparecia velado por una expresion melancólica.

El doctor la cogió una mano y preguntó sonriendo:

—¿Qué teneis? ¿Os pone triste la vista de la patria?

—¿Estoy triste acaso? No por cierto; todo lo contrario: esa hermosa tierra que voy á pisar, esa bella ciudad que contemplamos, ese tranquilo cielo de América no pueden ser para mí sino motivos de júbilo. ¿Habeis visto alguna vez que el desterrado se ponga triste cuando vuelve á pisar el suelo que le vió nacer?

—No,—contestó el doctor.

—Tampoco, sin embargo, le vereis reir; en todo caso, le vereis llorar. Los recuerdos de tiempos más dichosos, que pasaron para no volver; la idea de contemplar el techo bajo que se meció su cuna, los árboles que cobijaron los juegos de su infancia, el templo en que aprendió á bal-

bucear las primeras oraciones; el temor de encontrar el hogar paterno frío, desierto, sin los seres que le amaban.... todo eso, Antonio, forma un sentimiento especial, mezcla extraña de júbilo y tristeza, de placer y dolor, que no puede demostrarse, que no puede revelarse mas que por un medio: por el llanto.

Y al decir esto, los ojos de Aurora se llenaron de lágrimas.

—¡Llorais!—exclamó el doctor.

—Sí, lloro; pero no temais, estas lágrimas no me hacen sufrir; por el contrario, ¡hace tanto tiempo que no lloro de gozo!....

El doctor no replicó.

—Hace ocho años,—continuó Aurora,—que salí de Buenos-Aires, niña aún y unida ya con los lazos del matrimonio al difunto lord Kennedy. ¡Ocho años! ¡la primavera de mi vida, la flor de mi juventud! ¡ocho años, vos lo sabeis, que fueron para mí ocho siglos de tormento! ¡Dios perdone á mi padre! ¡Dios perdone á mi esposo! Yo no he tenido para el uno y para el otro mas que un pensamiento de amargura, sin que, á pesar de que causaron mi desgracia, se mezclase jamás á él una idea de ódio! ¡Pobre padre mio!

Aurora calló y permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada y apoyada con una mano en el filarete.

El doctor la cogió la otra y la estrechó con dulzura.

—¡Habeis sufrido mucho!—dijo.

La jóven pasó por la frente su pequeña mano, como si pretendiese alejar de su imaginacion una idea dolorosa, y contestó:

—Antonio, sé que me amais como á vuestra vida, y yo ¿por qué no he de decirlo? os amo tambien; sois, desde que os conocí, el elegido de mi corazón; tengo la dulce esperanza de que en término breve seré vuestra esposa...

—¡Oh! ¡Aurora!... — exclamó con acento ardiente el jóven.

—Olvidemos, pues, los dolores pasados y ocupémonos del presente. Vais á conocer á mi familia, ó por mejor decir, al único sér que queda de mi familia, á mi hermana Carmen. ¡Pobre hermana mia! ¡Bien decia hace un momento, Antonio! ¡No todo es júbilo para el desterrado, si cuando vuelve á su patria encuentra el hogar paterno sin los séres cuyo amor le hacía en otro tiempo dulce la existencia!

El doctor advirtió que los ojos de Aurora volvian á llenarse de lágrimas, y quiso llevar la conversacion á un terreno menos patético.

—Me alegraré mucho,—dijo sonriendo,—de conocer á vuestra hermana: será indudablemente tan hermosa como vos.

—Mucho más; cuando niña era un ángel, y hoy, que tiene ya diez y seis años, debe ser bellísima,—contestó Aurora.

—¿Y estará en Buenos-Aires?

—Creo que sí, pues no ha llegado aún la temporada del campo.

—¿Tiene noticia de vuestro viaje?

—No; no he querido privarme del placer de sorprenderla...

—Sin embargo, sería conveniente prepararla,—dijo el doctor;—la sorpresa no por eso dejaría de ser agradable, y se podría evitar cualquier contingencia, producida por el exceso de la alegría.

—Precisamente estaba pensando en eso cuando os acerkásteis á mí; pero no sé de qué medio valerme...

—¿Quereis dejarlo á mi cuidado?

—No tengo inconveniente; todo al contrario, vuestro talento me inspira completa confianza.

—¡Gracias! ¿Dónde vive vuestra hermana?

—En nuestra antigua casa; en la casa donde hemos nacido ella y yo y nuestra pobre madre... en la calle de Corrientes, núm. 80.

—Perfectamente. Pero aquí tenemos á nuestro bravo capitán, que viene sin duda á recibir vuestras órdenes.

—En efecto, Paco Arias apareció en la toldilla.

—¿Os parece, señora,—preguntó,—que demos fondo aquí, ó quereis que me acerque más á tierra?

—Como queráis, mi buen Arias; eso á vos solo toca disponerlo,—contestó Aurora.

—Entonces voy á dar orden de anclar.

Y diciendo esto bajó á cubierta y mandó parar el vapor.

Media hora despues, la fragata habia tendido sus amarras y descansaba en completa seguridad sobre sus anclas.

Concluida la maniobra, el capitán volvió á la toldilla, á tiempo que el camarero anunciaba que el almuerzo estaba servido.

—Vamos, pues, á almorzar,—dijo el doctor,—y en seguida Paco y yo saltamos á tierra.

Los tres jóvenes entraron en la toldilla y se sentaron en torno de la mesa.

Aurora, que generalmente tenia buen apetito, apenas comió: estaba profundamente preocupada.

Los dos amigos comieron mucho y bebieron bien.

Después de tomar café, Aurora bajó á la recámara.

El doctor y el capitán entraron en sus camarotes, á fin de vestirse convenientemente para saltar en tierra.

Después de afeitarse y de ponerse un sencillo y elegante traje negro, D. Antonio fué á recibir las últimas instrucciones de Aurora.

Esta tenia en la mano una bellissima miniatura contenida en un marco de oro.

Era un retrato perfectamente hecho por Gisbert.

—Tomad,—dijo poniéndolo en manos de su amante:—está destinado á Carmen.

—Perfectamente,—dijo el doctor guardándolo en su cartera;—esto me abrirá el camino y podré llevar la conversacion al terreno que me parezca más conveniente.

Y diciendo esto, se despidió de la joven con un expresivo ademán y subió á cubierta.

La canoa esperaba y Paco estaba al timón.

El doctor saltó á ella, los seis remos cayeron al mar y la ligera embarcacion se alejó velozmente dirigiéndose á tierra.

## CAPÍTULO XI.

Carmen.

Cinco minutos despues los dos amigos saltaban en el muelle.

—¿Conoceis á Buenos-Aires?—preguntó el doctor al capitán.

—Como á Vivero, donde he nacido,—contestó Paco.

—Pues hacedme el obsequio de guiarme á la calle de Corrientes.

—Vamos allá.

Y Paco Arias, guiando al doctor, penetró en las anchas y rectas calles de la ciudad, cuajadas de vistosas tiendas, concurridas por gran número de señoras.

—Es bonito Buenos-Aires,—dijo el doctor.

—Más bonitas son sus mujeres,—contestó el capitán mirando con placer á una elegante niña que pasaba á su lado.

El doctor acogió con una sonrisa la ocurrencia del joven marino.

Algunos minutos despues, este se detuvo en la esquina de una ancha y hermosa calle, y dijo:

—Ya estais en la calle de Corrientes: si no me necesitais, aquí os dejo, y en tanto, voy á presentarme á la autoridad de marina.

—Id con Dios.

—¿Os espero en el muelle?—preguntó Paco disponiéndose á marchar.

—Sí.

—Allí estaré dentro de una hora.

Los dos amigos se separaron, dirigiéndose D. Antonio por la calle de Corrientes hasta que se detuvo ante la casa señalada con el número 80.

Era un edificio de ladrillo, bastante antiguo, de dos pisos y construido con cierto gusto.

A continuacion de la casa se veía una verja de hierro con remates dorados, que cerraba un extenso jardin cuajado de árboles y flores.

D. Antonio penetró en el portal, subió unas anchas escaleras de piedra y se detuvo ante una especie de portero que paseaba por la antesala.

—¿La señorita doña Carmen Perez de Urquiza?—preguntó.

—Aquí vive,—contestó el criado, que á la primera ojeada conoció que D. Antonio era recién llegado.

—Entradla esta tarjeta,—dijo el doctor sacando una de su cartera.

El criado la tomó é indicó al doctor que le siguiera.

Le introdujo en un salon amueblado con una sencillez y una elegancia esquisitas, y dijo:



—Tened la bondad de esperar un momento.

El doctor adelantó, mirando con curiosidad los grandes cuadros que adornaban las paredes, y el criado, atravesando el salon, desapareció por otra puerta.

Los cuadros que á D. Antonio llamaban la atencion eran dos retratos: el uno representaba á un hombre de treinta años, de mirada sombría, de expresion dura y desdenosa; pero hermoso, aunque con una hermosura repulsiva: el otro era el de una mujer en la flor de su edad, bella como un ángel, pero con una belleza lánguida y triste, como una rosa agostada por el vendaval.

El doctor adivinó en seguida que eran los padres de su amada.

Poco despues volvió el criado.

—La señorita,—dijo,—os ruega que paseis al jardin.

El sábio volvió á coger su sombrero, que habia dejado sobre una silla, y siguió al criado, que le guió hasta unas hermosas escaleras de mármol, que conducian á la entrada de una hermosa calle de árboles. La recorrió hasta el final, y se encontró á la entrada de un bellissimo cenador, cubierto por un espeso velo de enredaderas, en el cual estaba de pié una preciosa jóven vestida de blanco.

Era Carmen.

El doctor se inclinó cortesmente, y la jóven, despues de despedir al criado con un ligero ademán, dijo:

—¿Es al Sr. D. Antonio Martin Vez á quien tengo el honor de hablar?

—Servidor vuestro, señorita,—contestó el doctor.

—Es para mí un verdadero placer el conoceros,—repuso la jóven señalándole un asiento;—sé cuanto hicisteis por

mi hermana durante su enfermedad, y celebró infinito esta ocasión que me permite haceros presente mi agradecimiento.

—Señorita, nada merezco; no hice más que cumplir mi deber, y fui largamente recompensado con la amistad y la confianza de vuestra hermana.

—Sí, sí,—añadió sonriendo Carmen;—sé perfectamente que desde entonces os unen á ella muy dulces lazos: Aurora me quiere mucho, tiene en mí completa confianza.... y todo me lo escribe. Así, pues, doctor, desechad los cumplidos y permitidme que os trate como á un verdadero amigo: en América no somos tan aficionados á la etiqueta como en el viejo continente. Pero decidme, ¿qué es de Aurora? ¿está buena? ¿es feliz?

—Nunca ha estado tan bien,—contestó el doctor,—y puedo aseguraros que es completamente dichosa.

—Y dentro de algun tiempo, cuando volvais á Europa,—dijo sonriendo significativamente la jóven,—lo será más....

—Yo no saldré tan pronto de América.

—¿Pues cómo?

—He venido con el objeto de emprender una excursion científica por las Pampas y la Patagonia.... Pero dispensadme; me olvidaba de un encargo de Aurora, y debo cumplirlo.

—¿Un encargo para mí?

—En efecto: es un recuerdo que os envía.

Y diciendo esto, el doctor puso en manos de la linda niña el retrato de Aurora, que habia sacado de su cartera.

Cármén lo tomó, y contemplándolo con un cariño indecible, dijo:

—¡Aurora! ¡hermana mia!.... ¡Qué hermosa está!....  
¿No es verdad, doctor, que es muy hermosa?....

—¡Oh! sí,—contestó sonriendo el jóven.

—¡Qué feliz sería si pudiese verla, besarla, estrecharla entre mis brazos!

—¿La quereis mucho, Cármén?—preguntó el sábio.

—Mucho, muchísimo: ¡era tan buena para mí! ¡me amaba tanto!.... Mirad, doctor: la otra noche soñé que Aurora habia llegado á Buenos-Aires, y cuando desperté y me convencí de que mi felicidad era ilusoria..... me puse tan triste que pasé llorando todo el dia.

—Entonces, amiga mia,—dijo el doctor,—tengo un verdadero placer en anunciaros que muy pronto la abrazareis.

—¿De veras?—exclamó la linda niña con un júbilo indecible,—¿va á venir á América?

—Muy pronto.

La jóven miró fijamente al doctor, y despues de un momento de silencio, dijo:

—Doctor, sois cruel; estais jugando con mis sentimientos, y eso no es generoso. ¿Por qué no decís de una vez que Aurora está en Buenos-Aires?

—¡Qué ocurrencia, Cármén!

—¡Oh! Estoy segura, y me lo prueba vuestra presencia aquí. ¿Por qué habíais de venir antes, dejándola sola, cuando podíais acompañarla? Aunque soy una niña, no se me engaña fácilmente, doctor. Así, pues, hablad con franqueza, y tened entendido que nunca seré vuestra amiga

si no me decís la verdad: ¿Aurora está en Buenos-Aires?

D. Antonio comprendió toda la amante ansiedad de la hermosa jóven y no tuvo valor para seguir fingiendo.

—Pues bien, sí, aquí está,—dijo;—mi visita ha sido con el objeto de preveniros, de prepararos; he creído que una alegría demasiado repentina.....

—Doctor, dejad las explicaciones. ¿Dónde está mi hermana? Quiero ir á verla,—exclamó la jóven.

—Esperad, no seais impaciente: dejadme volver á bordo y en seguida la tendreis aquí.

—¿Está todavía embarcada?

—Sí; no hace más que dos horas que hemos entrado en Buenos-Aires.

—Bueno: iré á buscarla con vos.

—Pero reflexionad.....

—No transijo, doctor; no os opongais, porque será inútil.

—Veo que estais decidida...

—Completamente.

—En ese caso, nada tengo que decir: estoy á vuestras órdenes.

—Mil gracias. Seguidme, amigo mio, y esperad un momento, en tanto me pongo un chal y un sombrero.

Y diciendo esto, la hermosa jóven salió del cenador y tomó por la alameda dirigiéndose á la casa.

El doctor la siguió.

Quando llegaron á las escaleras, Cármen se encontró con un hombre de 25 años, alto, de arrogante apostura y mirada fiera, vestido con el pintoresco traje de los pasto-

res argentinos, que al verla se quitó el ancho sombrero de paja que cubria su cabeza.

—¿Cuándo has llegado, Pedrillo?—le preguntó la jóven.

—Hacé un momento, señora,—contestó el gaucho.

—¿Has cumplido todos mis encargos?

—Todos.

—Luego me darás cuenta de ello: manda ahora que enganchen la berlina.

Y diciendo esto, la jóven siguió adelante, seguida del doctor.

Apenas pasó, el gaucho fijó en ella una mirada ardiente, intensa, devoradora, su boca se contrajo y sus manos se crisparon en el ala de su sombrero.

Esta alteracion fué, sin embargo, prontamente reprimida, y el gaucho, saliendo de los jardines, desapareció en la cochera.

En tanto, la jóven y el doctor llegaron á un elegante gabinete.

—Esperádme un momento,—dijo Cármen.

Y desapareció por una puertecilla que conducia á su tocador.

No tardó en volver, ataviada con un lijero chal de encaje blanco y un sombrero de paja con anchas cintas de seda.

—Vamos,—dijo.

Y apoyándose en el brazo del doctor, salió del gabinete, cruzó algunas habitaciones y bajó al portal, donde esperaba una elegante berlina arrastrada por un magnífico caballo.

—Al muelle,—dijo D. Antonio.  
Y subió al carruaje, siguiendo á Cármen.  
La berlina salió del portal y adelantó al gran trote por la calle de Corrientes.

Algunos momentos despues se detuvo en el muelle.

A poca distancia esperaba la canoa, y cerca de ella, paseando y fumando un cigarro, estaba Paco Arias.

Cármen y el doctor bajaron del carruaje.

Al ver á la jóven, Paco palideció levemente y un relámpago brotó de sus ojos; pero se contuvo, y dirigiéndose á ellos, saludó cortesmente á Cármen, que le contestó con una graciosa inclinación de cabeza.

—¿Habeis despachado vuestros asuntos?—le preguntó el doctor.

—Completamente,—respondió el marino.

—Vamos, pues, á bordo: Aurora estará agonizando de impaciencia.

Paco hizo una señal: la canoa se acercó al muelle, saltó á ella Cármen, la siguió el doctor y á este el capitán.

—¿En cuál de esos buques está mi hermana?—preguntó la jóven.

—Miradle,—contestó el doctor, indicando la fragata, que se balanceaba sobre sus amarras á un cuarto de milla de distancia.

—¡Hermoso buque! ¿A qué compañía pertenece?

—Es propiedad de vuestra hermana; es un buque de recreo, aunque por su magnitud, su velocidad y su resistencia puede servir para los más penosos servicios.

Cármen no preguntó más; pero fijó en la fragata una mirada anhelante.

De pronto exhaló un pequeño grito, se puso en pié y tendió los brazos hácia el buque, en cuya toldilla habia aparecido una mujer vestida de blanco: era Aurora.

—¡Hermana mia!—exclamó la jóven.

Pocos segundos tardó la canoa en atracar al costado de la fragata. Aurora, que habia conocido á su hermana, bajó corriendo de la toldilla; Cármen se precipitó á la escala, la subió de un salto, y las dos jóvenes se arrojaron una en brazos de otra, vertiendo lágrimas de alegría.

Las dos hermanas.  
—Aurora!  
—Cármen!  
Estas dos palabras, estas dos palabras, se confundieron en una sola exclamacion.  
—Carmen!—repuso la última:—¡venir á América y no participarme! Eso no está bien, hermana mia.  
—¡Perdóname, Cármen!—contestó Aurora.—¡qué sorpresa!  
—Y has sido tú la que me has escrito como de todos modos no has podido conseguir tu objeto, ¿mejor dicho, lo has conseguido al revés.  
Aurora estorbó sobre su pecho la linda cabeca de Carmen y besó sus negros cabellos; luego la asió con sus manos y separándola a cierta distancia, la miró con un cierto infinito:  
—¡Qué hermosa estás!—exclamó:—¡cómo te parece á nuestra pobre madre!  
(Carmen sonrió como un ángel.)

De pronto exhaló un profundo suspiro, se puso en pie y tendió los brazos hacia el pupitre, en cuya toldilla había aparecido una mujer vestida de blanco, era Aurora.

—¡Hermana mía!—exclamó la joven.  
Pocos segundos tardó la canoa en situar al costado de

la fragata. Aurora, al acercarse á su hermana, bajó cortando de la toldilla; Carmen se precipitó á la escaleta, la subió de un salto, y las dos jóvenes se arrojaron una en brazos de otra, vertiendo lágrimas de alegría.

### Las dos hermanas.

—¡Aurora!

—¡Cármén!

Estas dos palabras, estos dos nombres, se confundieron en una sola exclamación.

—¡Cruel!—repuso la última;—¡venir á América y no participármelo! Eso no está bien, hermana mía.

—¡Perdóname, Cármén!—contestó Aurora,—queria sorprenderte.....

—Y has sido tú la sorprendida: mira como de todos modos no has podido conseguir tu objeto, ó mejor dicho, lo has conseguido al revés.

Aurora estrechó sobre su pecho la linda cabeza de Cármén y besó sus negros cabellos; luego la asió con las dos manos, y separándola á cierta distancia, la miró con un cariño infinito:

—¡Qué hermosa estás!—exclamó;—¡cómo te pareces á nuestra pobre madre!

Cármén sonrió como un ángel.



—Pero, aquí estamos mal; el sol abrasa y puede hacernos daño,—prosiguió Aurora;—vamos á mi cámara.

Y rodeando con su brazo el esbelto talle de Carmen, Aurora la hizo bajar la escalera de la escotilla y la condujo al saloncito.

—¡Oh! ¡Qué preciosidad! ¡qué riqueza!—exclamó la niña contemplando con placer las magnificas pinturas y los elegantes muebles de la recámara;—¡tienes un buque de primer orden, Aurora!

—Sí,—contestó la jóven, reclinándose en el divan y haciendo sentar á su lado á la linda niña;—le hice construir con el solo objeto de viajar á mi gusto y con toda comodidad, y he quedado perfectamente satisfecha: con este buque se puede ir hasta los polos. Pero cuéntame, cuéntame tu vida en los ocho años que hemos estado separadas: estoy impaciente por conocerla.

—Mi vida, hermana mia,—contestó Carmen,—tiene muy poco de interesante, y la sabes tan bien como yo: está reducida á decirte que poco despues de tu funesto matrimonio, papá me llevó á Nueva-York y me instaló en el mejor colegio de aquella gran ciudad. Allí estuve seis años, y tal vez habria estado más si no hubiera recibido la noticia de la enfermedad de papá. Acto continuo me embarqué, temiendo una desgracia; pero mi diligencia fué completamente estéril: cuando llegué á Buenos-Aires, papá estaba ya enterrado. Inútil es que trate de describirte mi dolor: me encontraba sola, sin amparo, y á no haber sido por un jóven inglés que venia recomendado á papá por tu marido, y que al verme en aquella situacion se encargó con la mayor generosidad de arreglar los negocios

de nuestra casa, bien embrollados por cierto, no sé lo que hubiera sido de mí. Pero Sir Ricardo supo enténderselas perfectamente con los acreedores, y á pesar de que las deudas de papá eran enormes, nuestra fortuna no sufrió menoscabo alguno. Desde entonces mi vida ha sido casi la de una monja. Durante su estancia en la ciudad, Sir Ricardo me visitaba todos los días, y su carácter algo excéntrico me servía de distracción; pero poco después emprendió un viaje á las provincias del Norte y del Paraguay, y quedé completamente sola. No tengo apenas relaciones, y mi única diversion es el teatro durante los meses de invierno; el verano lo paso en nuestra hacienda de Tandil, y como no tengo que hacer otra cosa, me dedico por completo al estudio.

—¡Hola! ¿Eres aplicada? Me alegro mucho. ¿Y qué estudias?—preguntó sonriendo Aurora.

—Actualmente estoy leyendo todas las narraciones de viajes que he podido encontrar en Buenos-Aires.

—¡Ah! ¿Te gustan los viajes?

—Muchísimo,—contestó la niña.

—Me alegro: yo soy también aficionadísima á viajar; me encuentro completamente libre y dueña de una fortuna colosal y he resuelto visitar los países más curiosos del globo: tengo ya formado un magnífico programa de expediciones, y puesto que ese es tu gusto, te llevaré conmigo y no nos separaremos más.

—¿Nunca?—preguntó la niña echando los brazos al cuello de su hermana.

—Por lo menos,—contestó Aurora,—hasta que encuentres un hombre digno de tí y te cases.

—¡Bah!—exclamó Cármen;—no quiero casarme: quiero mejor viajar contigo, recorrer en tu compañía los países más hermosos del globo, y cuando nos cansemos de expediciones, venir á pasar un año en nuestra casa de Buenos-Aires ó en nuestra hacienda de Tandil. El matrimonio es la esclavitud y yo amo la libertad, yo quiero ser siempre libre.

—¡Eres una niña, Cármen!

—Concedido. Pero yo te he contado mi historia, y es natural que me pagues del mismo modo; mucho más cuando tu vida durante nuestra separacion ha sido.....

—Una cadena de dolores, cortada bruscamente por la muerte de mi marido,—contestó Aurora interrumpiendo á su hermana.

—Razon de más para que me la relates: no hay consuelo más dulce que depositar nuestras penas en un corazon que nos ama, que se hace partícipe de nuestras penas y que llora con nosotros.

—Voy, pues, á darte gusto,—dijo Aurora;—pero verdaderamente no haré más que repetir lo que te decia en mis cartas. Escucha.

Cármen prestó atencion.

—Catorce años tenia,—dijo Aurora,—cuando salí de Buenos-Aires, casada con un hombre que por su carácter, por su edad y hasta por su figura tenia que serme antipático. Niña aún, mi corazon dormia, y acepté el matrimonio, cuando nuestro padre me propuso, ó por mejor decir, me ordenó contraerle como hubiera aceptado un juguete. Separada de tí, único sér á quien amaba, y en poder de un hombre que no me inspiraba cariño alguno y que sentia

por mí una pasión que me repugnaba, el dolor me hubiera matado y la tristeza me hubiera consumido si las distracciones que encontraba en los viajes [que, durante los primeros años de nuestro matrimonio, efectuó mi esposo por las principales ciudades de Europa, no hubiese servido de lenitivo á mis sufrimientos. Tres años despues nos establecimos definitivamente en Marsella, donde lord Kennedy poseia grandes riquezas. Entonces era ya una mujer que sabia sentir. Medité; comprendí cuál era mi situacion, sujeta por lazos indisolubles á un hombre que se me habia hecho odioso; me encontré esclava y no esposa; sentí una sed ardiente de libertad, de expansion, de amor, y como ni siquiera me era dado intentar romper las cadenas que me oprimian, empecé á languidecer, perdí mi anterior alegría, me relegué al fondo de mis habitaciones, palidecí.... y hubo momentos en que deseé la muerte. Hace un instante, Cármen, dijiste que el matrimonio es la esclavitud: sin saber lo que decias, decias una gran verdad.... y tambien un desatino. El matrimonio es algunas veces peor, mucho peor que la esclavitud; pero otras es una irradiacion del cielo iluminando la tierra. Esclavitud, sí, y esclavitud horrible, cuando se está como yo estaba, siempre vigilada por un hombre celoso, cuyos celos y cuya vigilancia indignan y ofenden; rodeada de riquezas que hastían, de adoraciones que repugnan, y careciendo de todo lo que puede dar alegría y expansion del alma. Yo comparaba en mi pensamiento este estado con el otro estado de matrimonio que yo habia soñado, que soñamos todas las mujeres cuando empezamos á comprender nuestro destino; comprendia la inmensa dife-

rencia que entre uno y otro existian, y mi corazon se re-  
torcia y mi alma agonizaba. Y es que el amor, Cármen,  
es para el alma lo que el riego para las flores.... y yo no  
tenia amor, mejor dicho, tenia, sí, en mi corazon un tesoro  
de amor, pero no sabia en quién depositarlo. ¡Grande  
y dulce es ser amada; pero amar.... amar es más grande,  
amar es más dulce, amar es la felicidad! ¡Si en el mun-  
do no hubiera quien amase, el sol no alumbraría!

Aurora se detuvo un momento y Cármen enjugó las  
lágrimas que humedecian su rostro.

—Por último,—prosiguió Aurora,—vencida, dominada  
la materia por los sufrimientos del espíritu, caí enferma.  
Me visitó el médico de lord Kennedy y dijo que tenia una  
hipertrofia del corazon, enfermedad terrible con la cual  
la ciencia no se atreve á luchar. Otros facultativos dijeron  
lo mismo; mi mal se agravaba, y ya mi esposo deses-  
peraba de salvar mi vida cuando los periódicos de Marse-  
lla anunciaron que uno de los más afamados médicos del  
mundo, especialista en las enfermedades del pecho y del  
corazon, acababa de llegar á aquella ciudad. Era Anto-  
nio, era mi salvador. Acto seguido mi marido fué á bus-  
carlo, le trajo á mi lado, y... ¿te lo confesaré, hermana  
mia? su sola presencia dió fuerzas á mi cuerpo y espe-  
ranza á mi espíritu. Antonio me examinó; comprendió  
que mi enfermedad era, más que otra cosa, la agonía de  
un alma desconsolada; adivinó mi posicion, y se compro-  
metió á salvarme, exigiendo para ello una libertad sin lí-  
mites. Mi marido accedió á todo, y obedeciendo á no sé qué  
idea, partió para Inglaterra y me dejó confiada á los cui-  
dados y á la ciencia de Antonio. Entonces comprendí la

esquisita delicadeza, le excesiva sensibilidad, el incomparable talento de este: tú no puedes saber, tú no puedes comprender cuántos cuidados, cuántas adoraciones, cuántas muestras de ternura me prodigó el pobre jóven, ávido de mi vida, luchando á brazo partido con la enfermedad, sin que una mirada, ni una sonrisa, ni una sola palabra pudiese revelarme que lo que por él existia en mi corazon existia tambien en el suyo. Yo lo adiviné, sin embargo, porque una mujer adivina siempre cuando es amada, por qué y hasta qué punto; yo comprendí el amor de Antonio, puro, ardiente, apasionado, respetuoso, y me enamoré de tanto amor. ¡Este amor me salvó, hermana mia! La enfermedad fué vencida, con lentitud, pero por completo, y al cabo de algun tiempo pude abandonar el lecho. Antonio pasaba las veladas á mi lado, animándome, leyéndome los mejores poetas del mundo, distrayéndome cuanto le era posible: otras noches yo me ponía al piano, y como no podía cantar, le recitaba á media voz las estancias de Haydn, que es su música favorita. Cuando el estado de mis fuerzas lo permitió, salíamos juntos en carruaje por los pintorescos alrededores de Marsella; nos sentábamos en el campo y contemplábamos juntos la puesta del sol, ese espectáculo sublime de la naturaleza dispuesta á entregarse al sueño que sólo ciertos séres saben comprender y admirar. Seis meses transcurrieron de este modo; yo, lo confieso francamente, Carmen, estaba dispuesta á todo, resuelta á todo, y solo esperaba una palabra de sus lábios. ¿Fué que no supo adivinar mi amor? ¿Fué que el respeto y la delicadeza eran más poderosos que su pasión? No lo sé todavía: lo cierto

es que ni una pregunta indiscreta, ni una palabra que pudiera dar lugar á una explicacion se escapó de sus lábios. En aquellos dias mi esposo, en cuya noticia se habia puesto mi curacion, volvió á Marsella, y su regreso puso fin á nuestros dulces placeres. ¿Adivinó lo que pasaba? No lo sé; pero su conducta posterior me lo hizo sospechar. Me rodeó de precauciones, ejerció sobre mí una vigilancia inquisitorial, y como no podia cerrar á Antonio las puertas de casa, hizo que abandonásemos á Marsella, retirándonos á una hermosa quinta que poseia en Biarritz. Con todo esto, no pudo recobrar la tranquilidad; su carácter sombrío se tornó lúgubre, se sintió frecuentemente acometido de un insoportable *spleen*, enflaqueció hasta acartonarse, se entregó á la embriaguez, y una mañana, cuando su ayuda de cámara entró á llamarlo, como tenia por costumbre, lo encontró muerto en su lecho. Los más distinguidos médicos reconocieron el cadáver y declararon unánimes que la catástrofe habia sido producida por una congestion cerebral: tal vez no se engañasen; pero yo he creido siempre que en uno de sus frecuentes ataques de *spleen* se habia dado la muerte por medio de algun tósigo. ¡Dios haya tenido piedad de su alma! Yo no me alegré de su muerte, porque soy cristiana y no deseo el mal de nadie; ¡he sufrido demasiado para querer que los demás sufran! No escribí á Antonio, porque comprendí que debia guardar silencio, y poco tiempo despues volví á Marsella, donde creia encontrarle. Me engañé: poco despues supe que habia vuelto á establecerse en Barcelona; pero entonces habia concebido el proyecto de realizar un viaje por América y no le escribí.

Hice que construyeran la fragata; esperé viajando por Europa que estuviese en disposicion de hacerse á la mar, y cuando lo estuvo, me dirigí en ella á Barcelona, le escribí dándole una cita en el Liceo, acudió á ella, le llevé á bordo y le invité á ser mi compañero de viaje. Aceptó sin vacilar, y algunas horas despues salimos con rumbo á América. Mi objeto era llegar á Buenos-Aires, abrazarte, y emprender juntas una expedicion por tierra hasta las playas del Pacífico, donde nos esperará la fragata. Hé aquí mi historia, y hé aquí satisfecha tu curiosidad.

Y esto diciendo, Aurora echó los brazos al cuello de su hermana, la atrajo hácia sí y la besó en la boca.

—¿Y marcharemos pronto?—preguntó Carmen.

—Apenas nos hagamos con los elementos necesarios para un viaje de esta especie.

—No sabes cuánto me regocija la perspectiva de esa expedicion. ¡Visitar comarcas desconocidas, estudiar las costumbres de los indios, contemplar praderas interminables y medir montañas que parecen desafiar al cielo! ¿Hay algo más hermoso que esto?

—Veo,—exclamó sonriendo Aurora,—que tienes afición á las aventuras.

—Como que me parezco á tí, querida mia,—contestó Carmen.

—Ahora, dime, ¿continúan en casa nuestros antiguos criados?—preguntó Aurora.

—Todos, á excepcion del pobre Francisco, que murió hace un año.

—¿Y Pedrillo?

—Está al frente de nuestra estancia de Tandil. Es



uno de los gauchos más valientes de la provincia, y los indios le temen como al fuego; de modo que por esto sólo nuestra hacienda está á cubierto de un golpe de mano.

—¿Conoce bien el territorio de las Pampas?

—A ciegas las atravesaría en todas direcciones.

—¿De modo que podrá servir de guía á nuestra caravana?

—Mejor que nadie. Es prudente, frío, está dotado de un valor á toda prueba y no es posible que dudemos de su adhesión á nuestra familia. Bajo su custodia estaremos perfectamente seguras.

—Será, pues, necesario que venga á Buenos-Aires.

—Precisamente ha llegado esta mañana con los productos de los saladeros, y no tendrás que hacer más que darle tus instrucciones.

—Mejor; eso nos economizará un tiempo precioso. Ahora voy á presentarte oficialmente á Antonio y al capitán del buque, y luego verás la fragata.

—Perfectamente.

—Después comeremos y por la tarde iremos á casa. ¿Saben ya en ella mi llegada?

—No; porque apenas el doctor me dijo que estabas aquí, sin escuchar sus observaciones y sin atender á otra cosa que mi deseo de abrazarte, mandé enganchar la berlina y me vine aquí: de modo que nada hay dispuesto para recibirte.

—Bien; eso no importa.

—¡Ah! No por cierto; afortunadamente la casa es grande y nada falta en ella.

Aurora sonrió, y alargando una mano hizo sonar un timbre.

Apareció un criado.

—Dí á los señores que les esperamos,—le dijo la jóven.

El criado se inclinó y salió.

Un momento despues, el doctor y Paco Arias entraban en la recámara.

## CAPÍTULO XII.

### Un marino enamorado.

En tanto que las dos hermanas se referían mutuamente sus historias, el doctor y el capitán del buque fumaban un cigarro sentados en la toldilla.

Paco Arias, contra su costumbre, estaba meditabundo, y á primera vista se comprendía que daba vueltas en su imaginación á una idea fija.

Al cabo de algun tiempo levantó la cabeza y dijo al doctor:

—Segun he comprendido, esa señorita que ha venido con nosotros es hermana de doña Aurora.

—Sí,—contestó el doctor.

—¿Sabeis que su rostro no me es desconocido y que juraría haberla visto en otra parte?

—Tal vez la hayais visto casualmente en alguno de vuestros anteriores viajes á Buenos-Aires.

—No,—contestó Paco moviendo la cabeza;—ha sido en

otra ciudad muy importante de la América del Norte; ha sido en Nueva-York, hace poco más de dos años.

—¡En Nueva-York! Debeis equivocaros, Paco: dudo mucho que Cármen haya estado nunca en esa poblacion.

—Pues no deja de ser extraño el parecido que entre las dos existe, caso de que sean dos, lo que no creo.

—Eso no debe sorprenderos: con frecuencia se encuentran personas que se parecen como una gota de agua á otra gota y que son causa de equivocaciones muy chuscas.

—De todos modos, sea ó no sea mi antigua conocida de Nueva-York,—dijo Paco,—la verdad es que esa señorita es hermosa como una ilusion...

—¡Holal! ¿Os gusta acaso, señor marino?—preguntó sonriendo el doctor.

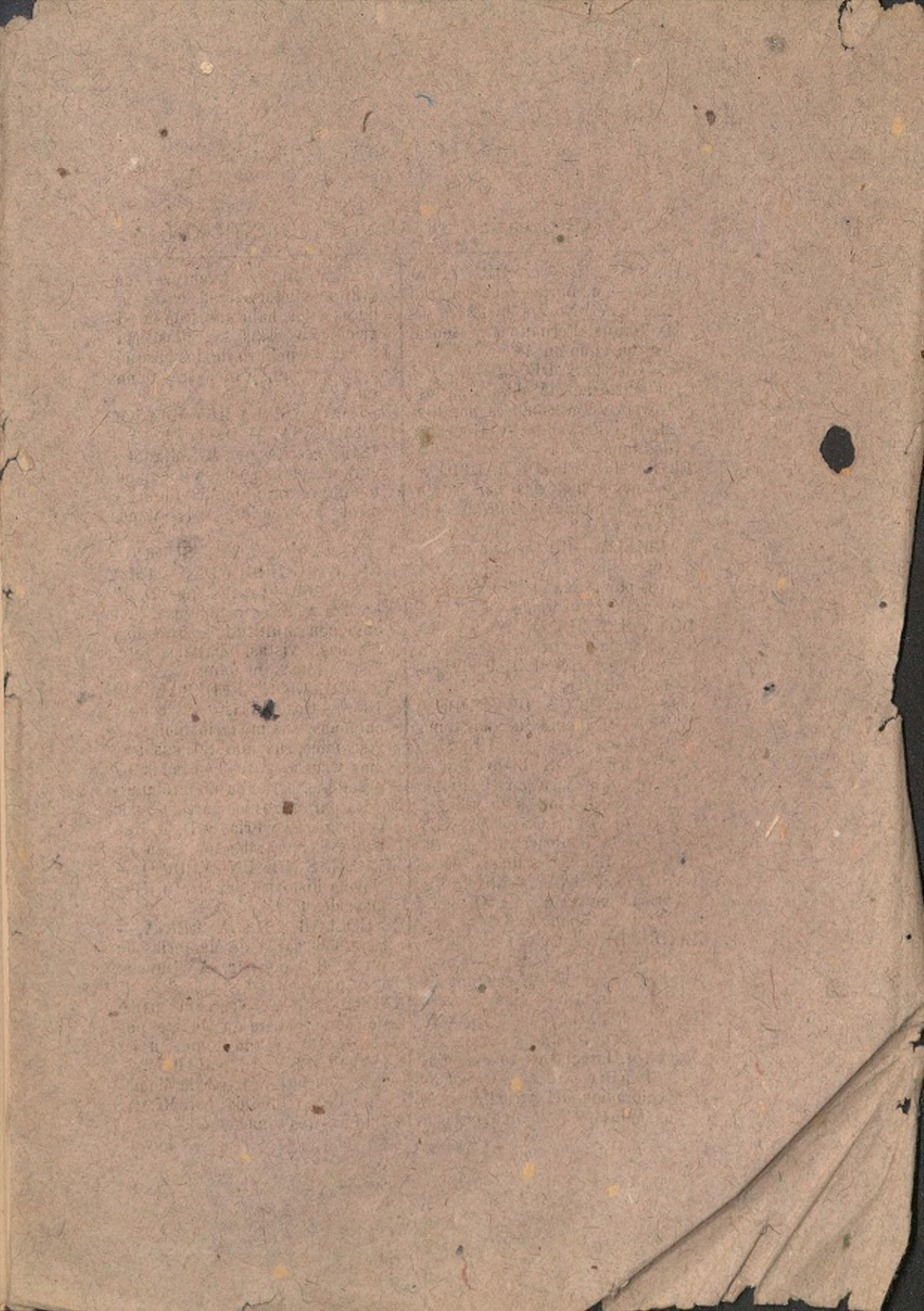
—Os diré con franqueza lo que siento, porque no acostumbro jamás á ocultar mis afecciones, mucho menos cuando nada tienen de vergonzosas. Apenas la ví en el muelle sentí lo que no he sentido nunca delante de una mujer, una alegría inmensa y una tristeza infinita; me pareció ver ante mis ojos un ángel glorioso brindándome una dicha imposible de alcanzar.

—En una palabra,—repuso el doctor,—que esa hermosa niña os enamoró á la primera ojeada.

—Tal vez sí,—contestó inclinando la frente el capitán.

—Nada hay en ello de particular, y no es esa razon para que perdais vuestro buen humor habitual. El hombre y la mujer han nacido para amarse....

—¿Y es posible,—exclamó el bravo marino,—que una señorita como doña Cármen, riquísima, perfectamente



## OBRAS CONCLUIDAS

ILUSTRADAS CON LÁMINAS

A LAS CUALES SE ADMITE SUSCRICION.

- EL CONDE DUQUE DE OLIVARES.—(Memorias del tiempo de Felipe IV.) Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LAS GENTES DE BUENA FÉ.—(Memorias de cuatro pillos) Novela de costumbres por Don Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- EL PASTELERO DE MADRIGAL.—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- GABRIELA.—(Historia de una pobre mujer.) Novela de costumbres por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- DOÑA SANCIA DE NAVARRA.—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LOS MISTERIOS DE PARÍS.—Por Mr. Eugenio Sue: dos tomos en 4.º
- MARGARITA DE BORGONA.—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LA TORRE DE LOS CRÍMENES.—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LAS DOS REINAS.—Novela histórica por D. Ramon Ortega y Frias: dos tomos en 4.º
- EL DOS DE MAYO Ó LOS FRANCESES EN MADRID.—Novela histórica por D. M. Vazquez Taboada: un tomo en 4.º
- LA MODISTA DE MADRID.—Novela de costumbres por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- EL MUNDO DESCONOCIDO.—Exploracion del Africa central, sus montañas, sus cavernas y sus habitantes. Aventuras del capitán Mister Greed entre las fieras y los habitantes de la Nigricia. Las islas sagradas. Maravillas y peligro de los bosques Virgenes, etc., etc. tres tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.—Desde 1779 á 1814, escrita por Mr. Mignet y enriquecida con notas y documentos interesantes de Mr. Thiers y otros historiadores: dos tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA INSURRECCION Y GUERRA DE LA ISLA DE CUBA.—Escrita por D. E. Llofria y Sagrera, lujosa edicion con multitud de retratos, escenas, vistas, batallas etc. cuatro tomos en folio.
- INSURRECCION FEDERAL EN 1873.—Sus causas y sus consecuencias, sus misterios políticos y sociales, sus hombres, sus dramas y sus horrores con todos los detalles. Narracion imparcial escrita para todos los partidos, por D. R. Ortega y Frias y D. E. Llofria y Sagrera: dos tomos en 4.º
- MEMORIAS DE UN MEDICO.—Novela histórica por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- EL COLLAR DE LA REINA.—Segunda parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- ANGEL PITOU.—Tercera parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- LA CONDESA DE CHARNY.—Cuarta y última parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º